

Cristianismo y Revolución

SETIEMBRE 1966

BUENOS AIRES

a SANTIAGO O. PAMPILLON

"Tenemos un corazón como un
gigantesco fusil apuntado hacia la muerte."

BRASIL: IGLESIA vs. GOLPE
Carta de Helder Câmara

TEOLOGIA PARA EL TERCER MUNDO
C. Jaime Snoek

LOS BARBAROS ESTAN ENTRE NOSOTROS
Thomas Merton

"LIBERACION o MUERTE"
Mensaje de Camilo Torres

\$ 60.-

1

Cristianismo y Revolución

Publicación de "SIGNOS" Editora (e.f.).

Dirección: JUAN GARCIA ELORRIO

Redacción: LUIS AGUSTIN ACUNA

Asesor: MIGUEL GRINBERG

Correspondencia a: Casilla Correo Central 3119,

Buenos Aires - Argentina.

Registro Propiedad Intelectual en trámite.

EL SIGNO REVOLUCIONARIO

Mientras se siguen ensayando nuevas bombas y se refuerzan permanentemente los fondos destinados al "progreso" de los presupuestos militares, mientras se sigue "luchando" contra el hambre y la miseria empleando cada día mayores esfuerzos, energías y vidas que ensanchan las fronteras de la explotación humana, del materialismo capitalista y de la dominación violenta de los pueblos y continentes del Tercer Mundo; se está consolidando en las conciencias de todos los hombres la afirmación del nuevo signo de nuestro tiempo: la Revolución.

Nuestros hermanos de Asia, Africa y América Latina, nuestros hermanos vietnamitas masacrados por intentar su liberación, los negros de Sudáfrica tratados como infrahumanos por un blanco que encontró la muerte de los tiranos, los negros americanos sometidos a una integración humillante y a las peores condiciones de vida, los blancos, los amarillos, los hombres del color del hambre y la desesperación, todos —nosotros también— entramos decididamente en el camino de la Revolución. Es nuestra hora. Es la última hora y la primera. La primera en la lucha y en la esperanza.

El mundo de las naciones cuyos índices señalan los mayores porcentajes de enfermedad, ignorancia e infraconsumo, la explotación permanente y la violencia blanca de las estadísticas —nuestro mundo— se enfrenta con el mundo de las naciones del bienestar, la prosperidad, del de-

roche y del desarrollo exclusivista que sigue siendo posible porque todavía se mantienen las estructuras del colonialismo en todas formas simuladas del despojo económico, de la penetración imperialista, de las guerras santas y las luchas ideológicas a fin de eternizar esta situación internacional de injusticia y opresión.

Así se da la verdadera división de los dos mundos: el que lucha por la dignidad humana y su liberación integral, y el que lucha para perpetuar las condiciones en que esa dignidad y liberación no puedan realizarse jamás. El Tercer Mundo es el que se está gestando a partir de los procesos revolucionarios que se intentan, que se malogran y que se realizan a través de una acción dura y violenta pero profundamente humana a la cual nos incorporamos los cristianos que vemos en ella, como vio Camilo Torres, "la única manera eficaz y amplia de realizar el amor para todos".

El Tercer Mundo es el mundo de los revolucionarios. Las ideologías, los sistemas, los responsables de la conducción histórica que no están ubicados en esta dimensión, en este signo, quedan inexorablemente marginados del proceso y necesitan entonces emplear con más fuerza que nunca la fuerza para tratar de imponer a la realidad sus esquemas, sus violencias, sus odios, sus contenidos definitivamente desbordados.

pasa a la página 23

INFORME SOBRE BRASIL

"En Brasil, en sólo una región, el Nordeste, la duración media de la vida humana es de 27 años. Esto significa que no es necesario tener revoluciones en las calles del nordeste para que el 30 % de la gente muera antes de cumplir los 30 años..."

En Recife, en un solo distrito, Casa Amarela, de cada 1.000 niños que nacen, mueren más de 500...

Norte de Amazona; cito un solo distrito: Eirupene. De cada 1.000 niños, 800 mueren en el primer año de vida.

¿Por qué, entre 1950 y 1959, el promedio de muerte causadas por la gastroenteritis fue de 140.000 niños?

La tuberculosis mata en Brasil, más de 100.000 personas por año.

Cada diez años, Brasil pierde

más de 6.000.000 de personas debajo de los 16 años de edad.

¿Se recuerda el "blitz" de los años 40, que dio muerte a tanta gente en Holanda, Bélgica, Francia? ¿El asesinato de judíos en Polonia? En una palabra, ¿todo lo ocurrido en los años críticos en que los nazis devastaron Europa? ¿Podría creérsese si dijera que la miseria mata, cada año, en tiempos de paz, un número mayor de niños que los muertos por el bombardeo de los nazis durante la última guerra?

900 poblaciones de Brasil carecen aún de médico.

Once millones de brasileños viven amontonados, en viviendas insalubres, en una promiscuidad que va de la degradación física a la moral.

La población brasileña entre 7

y 12 años de edad alcanza alrededor de 12 millones y medio. De esta cifra, 7 millones carecen de escuelas.

Sólo uno de nuestros estados, Río Grande do Sul, pierde 10.000 niños cada año, la población de una aldea; en diez años, pierde la población de una ciudad como Hiroshima.

Esta gente no muere. Morir es algo completamente diferente. Son asesinados por las enfermedades que se originan en las ultrajantes condiciones de vivienda, desnutrición y desamparo en que viven.

Su existencia transcurre tan ignorada que nadie se preocupa de su muerte, porque mueren de la misma manera en que viven."

("Cristianismo y Sociedad", N° 6, pág. 44)

LA INCI

También entre el clero de Brasil se nota una profunda diferenciación de carácter regional. El desenvolvimiento económico desigual afecta también a los sacerdotes, especialmente a los del clero secular que prácticamente tienen que proveerse de los medios de subsistencia.

Es difícil encuadrar en una misma categoría social al acomodado sacerdote de las zonas del Sud del país socio de cuantas industrias y negocios surgen en sus distritos, con el sacerdote nordestino casi tan miserable como todas sus ovejas.

En el régimen capitalista tampoco el clero consigue salvarse de los desastres económicos. La inflación, el alto costo de la vida, la creciente pauperización del pueblo alcanza también al clero, con excepción de los que están directamente al servicio de las minorías privilegiadas.

No es posible por lo tanto referirse al clero como si se tratara de un todo monolítico. Es necesario distinguir tres tendencias o "líneas" relativamente definidas: 1) la conservadora o reaccionaria, 2) la reformista y 3) la revolucionaria.

SITUACION

DE LA

IGLESIA

LA LINEA CONSERVADORA ESTÁ ENCABEZADA POR EL CARDENAL JAIME BARROS CAMARA, de Río de Janeiro; por el Cardenal de Bahía y por el Obispo Sigand, co-autor del más reaccionario y publicitado libro sobre reforma agraria editado en Brasil: "Reforma Agraria, cuestión de conciencia".

Esta línea está integrada por la casi totalidad de los jesuitas y por una parte importante del clero secular, especialmente los sacerdotes extranjeros. Se caracteriza por una cerrada defensa del "statu-quo", de los privilegios de las clases dominantes contra cualquier posición renovadora.

Adopta el lema del integrismo de Plinio Salgado: "Dios - Patria - Familia" y sostiene la anacrónica unión de la Iglesia y el Estado. En nombre de la "civilización occidental y cristiana" aboga por los intereses, la intervención y la ocupación imperialista.

Ese fue el sector del clero y laicado que dio respaldo al golpe del general Castelo Branco. Puede decirse que se convirtió en la vanguardia de las fuerzas "revolucionarias" al

Carta del Padre Alipio de Freitas al Cardenal Jaime Barros Camara (26-6-1962)

programar juntamente con los órganos de la burguesía nacional y organismos especializados en la deformación de la opinión pública, la violenta campaña que acusó de comunismo al presidente Goulart y su gobierno.

confiscada por la policía fascista de Lacerda, en su etapa cómplice con la dictadura de Castelo Branco.

organización de "favelados"); el Padre Ruas, de Manaos; los Padres Almeyra, Senna en Recife; el Padre Alipio de Freitas, que con Juliao encabezó las Ligas Campesinas; el Padre Guerra, autor de diversos libros audaces sobre la real presencia de la Iglesia en el pueblo; Fray Josaphá, director de "Brasil-Urgente" y un importante grupo de dirigentes laicos y religiosos comprometidos con la acción revolucionaria popular.

La gravitación de este sector revolucionario puede considerarse a partir de la violenta represión que le tocó sufrir por parte del golpe gorila. Algunos sacerdotes de esta línea fueron expulsados del Brasil; el Padre Alipio —exilado en Méjico— fue condenado a 25 años de prisión; el Padre Laje fue apresado, torturado y condenado a 28 años de cárcel por los tribunales militares. También se refugió en Méjico. Debe tenerse en cuenta que éstas son las condenas más altas impuestas por la dictadura a los líderes de la lucha popular.

El Padre Alipio había fijado valientemente su papel junto al pueblo, en la famosa carta dirigida al Arzobispo Barros Camara en el año 1962. (El texto completo de la carta se publica en la presente edición).

El Padre Laje, desde su forzado exilio, permanece fiel al testimonio revolucionario tal como lo confirman sus declaraciones a M. Bosquet en el "France Observateur":

"Desde hace mucho tiempo se enseña en las escuelas católicas que el pueblo tiene derecho a matar al tirano. Y el más grande tirano de nuestros días es el imperialismo, los grupos económicos norteamericanos y aquellos que hacen el juego a dichos grupos.

"En su tentativa de hacer pasar al Brasil del feudalismo al capitalismo, los comunistas hicieron el juego a la burguesía y al imperialismo. Creían en el capitalismo como una primera etapa inevitable. Nosotros les decíamos que estaban equivocados. No creemos en el capitalismo. Creemos, eso sí, que las masas obreras se volverán revolucionarias cuando las campesinos inicien la Revolución. Respetamos a Marx, pero él no es infalible, ni podía prever nuestra situación.

Eminencia:

Leí hoy, sin mucha sorpresa, una nota de la Curia Arzobispal en la que con motivo de mi participación en algunas actividades estudiantiles y obreras, de carácter reivindicatorio, se me retira el uso de las Sagradas Ordenes e impide el consiguiente ejercicio del sacerdocio en la Arquidiócesis de Río de Janeiro.

Innecesaria se torna esa nota, ya que no ejerzo, nunca ejercí y jamás ejerceré actividad ministerial en la Arquidiócesis por cuanto la considero incapaz de dicho ejercicio, dada la orientación pastoral que la preside. ¿Por qué, supuestamente, se me ha retirado el uso de las Sagradas Ordenes en la Arquidiócesis de Río de Janeiro?

Simplemente, y esto la Curia malévola omitió afirmarlo, porque integrándome en la lucha del pueblo brasileño fui a la plaza pública a luchar por las reformas de base necesarias para la emancipación socio-económica del Brasil.

Mi crimen fue, teniendo en cuenta mi condición de hombre del pueblo y de sacerdote del pueblo, estar vinculado a las luchas. En Río de Janeiro, como en Marañón, al lucha es la misma y por eso no puedo estar ausente de ella, y jamás lo estaré, suceda lo que suceda.

¿Por qué lucha el pueblo brasileño?

Luchan los campesinos por reforma agraria, luchan los estudiantes por reforma universitaria, luchan los obreros por el fin de la explota-

ción capitalista, lucha el Brasil por las reformas necesarias para su emancipación. Pero, al lado del pueblo que lucha, están los que luchan contra el pueblo, el "anti-pueblo", empeñados en una lucha titánica, en una lucha de la que ya se conoce al vencedor.

Desgraciadamente, en no pocos casos la Jerarquía de la Iglesia se unió al "anti-pueblo" y se constituyó por eso mismo en una fuerza de opresión en un instrumento de dominación. Debemos lamentar de que la Jerarquía de los cristianos tenga la impresión de que sólo subsistirá dentro de las limitaciones anti-humanas y anti-cristianas del capitalismo; eso significa una perspectiva histórica totalmente errada, y lo que es peor, afrentosa al Cristo del Evangelio.

Pase V. E. revista a cada uno de aquellos que forman parte de la "elite" que lo rodea; analíselos fríamente, en sus palabras y acciones, y vea qué distantes están de la predicación de Cristo en el Evangelio. Son ladrones, chantajistas, demagogos, opresores del pueblo, traidores a la Patria, antinacionales, corrompidos, sepulcros blanqueados, son el anti-evangelio.

Son los mismos que luchan contra el progreso del país, que combaten las reformas de estructuras, que mientan a las clases trabajadoras, bloqueándolas con aumentos de salarios. Son ellos que venden el Brasil a los intereses criminales y sospechosos del capitalismo internacional, son ellos los instrumentos de dominación imperialista, los planificadores de la "Alianza para el Progreso", los maquinadores de golpes contra la democracia, los defensores de

privilegios de los que ya son beneficiarios.

Son los lobos voraces de que habla Cristo en el Evangelio y que para entrar en el rebaño se disfrazan con pieles de oveja.

Se sirvieron de su mano de Pastor para condenarme por el apoyo que di al pueblo que ellos desprecian y odian, pero al que yo amo apasionadamente.

V. E. fue Obispo en el Norte y en el Nordeste de Brasil. Vio de cerca la más terrible miseria, la más burda explotación, el más trágico panorama socio-económico que alguien puede presenciar. Porque vio todo eso es que V. E. debería comprender el sentido y el significado de mi lucha con el pueblo y por el pueblo.

Pero no basta ver, es necesario sentir; sentir en la propia carne, en el alma; sin experiencia nadie puede —definitiva y radicalmente— comprometerse en la lucha por el pueblo. Para luchar al lado del pueblo es preciso además creer en él, firmemente, sin dudas, sin tergiversaciones, sin desfallecimientos, sin intereses. Es necesario aceptarlo como es, con sus defectos, con todas sus virtudes, captando su dinámica e intuyendo su deseo nato de poder. Pero las "elites" insisten en no comprender al pueblo negando de hecho, a cada uno de los individuos que lo componen, su condición de persona.

V. E. halló más fácil ser "elite" aún contrariando el precepto evangélico de que el pastor debe servir antes que ser servido.

distribución mejor de las riquezas, sino también para lograr una auténtica cultura popular. Las masas quieren comer, pero quieren también comprender y vivir libres".

"Cristianismo y Revolución" agradece al escritor brasileño PAULO SCHILLING sus generosos informes y documentos sobre la situación de la Iglesia frente al golpe en Brasil.

29) La Acción Católica que en su conjunto refleja una posición reformista, participante en la lucha social; la J. E. C., J. U. C. y J. O. C. actuando en los medios estudiantiles secundarios y universitarios, y en el medio obrero tuvieron un papel positivo en la tarea de esclarecimiento popular dentro de la línea reformista. Muchos de los dirigentes de estos grupos católicos fueron encarcelados y perseguidos por la policía especial del gobierno militar empeñado en arrancar toda semilla de lucha y compromiso de los cristianos con su pueblo.

El sector reformista recibió confirmación en sus actitudes por algunos pronunciamientos de la Conferencia Nacional de Obispos, francamente progresistas, con una condenación explícita del sistema capitalista y ratificando la participación activa del clero en las campañas por las reformas de base. El Manifiesto de la Conferencia de Obispos, ya en 1958, definía claramente una posición anti-imperialista: "condenamos el imperialismo económico, que representa un tipo de dictadura internacional y una abdicación de la soberanía nacional".

LA LINEA REVOLUCIONARIA: Un pequeño, pero muy activo sector del clero viene asumiendo una tarea concreta en la lucha social definiéndose contra el capitalismo, a favor de una sociedad socialista, luchando junto a las masas campesinas y obreras, compartiendo las exigencias estudiantiles, y participando en la acción directa para la defensa de la soberanía nacional y los derechos del pueblos.

Las líderes de esta actitud revolucionaria son, el Obispo de Santo André, D. Marcos; el Padre Laje, de Belo Horizonte (con su conocida actuación en el sindicalismo rural y la

En un documento de análisis del golpe militar que derribó al régimen constitucional, la "Acción Popular" (organización de izquierda revolucionaria de inspiración cristiana), hace una radiografía completa de ese tipo de campañas "anti-comunistas" en la cual se establece que "la religión cumplió una función política: justificar la oposición de las clases dominantes a todas las tentativas de reforma social".

LA LINEA REFORMISTA OBEDECIA A LA ORIENTACION DEL CARDENAL CARMELO MOTTA, del Arzobispo de Recife D. Helder Cámara; del Arzobispo de Aracajú, P. José Tavora; D. Serafín, Arzobispo de Natal y otros obispos. Este sector incorpora a la mayoría de los Padres Dominicos y una apreciable parte del clero secular y laicos "comprometidos" con el mundo.

Entre los sacerdotes se destaca el clero nativo y los sacrificados pastores del Nordeste y Centro del Brasil. Partiendo del "aggiornamento" de Juan XXIII, este sector se fue concretando en su línea a través del intenso contacto con el pueblo y sus problemas sociales, políticos y económicos. Su acción abarca desde la función asistencial del "Banco de Providencia" de D. Helder Cámara hasta la fundación de sindicatos rurales en el Nordeste; mayor apertura al diálogo social, a las reformas, al desarrollo material de la sociedad, la justicia social y la transformación de estructuras.

Reflejan esa posición reformista:

19) M. E. B., Movimiento de Educación de Base; órgano de la Conferencia Nacional de Obispos, que a través de Escuelas Radiofónicas, de la Cultura Popular y de la fundación de sindicatos, desempeñó un papel importante en la politización del pueblo, especialmente en el Nordeste. La Cartilla de Alfabetización "Vivir y Luchar" de este Movimiento fue



"Favela", "favelado", "fila", hambre, miseria, "macacao", "tren de la Central", "masa" son vocablos que a las "élites" causan desprecio y pavor. Por eso, V. E. y la "elite" que lo rodea se enfurecen frente a esa masa que quiere surgir como seres humanos; se aterrojan delante de la "favela" que desciende a la ciudad; sienten náusea junto a un "macacao" chorreando aceite. Pero "favela", "macacao", masa, significan pueblo oprimido, pueblo explotado que no quiere más tutela, pueblo humillado que ahora mira el horizonte con la cabeza erguida, pueblo en marcha hacia una civilización diferente, hacia un mundo nuevo, verdaderamente fraternal y cristiano.

Se menciona en la nota de la Curia el "escándalo". ¿Escándalo de quienes? ¿Escándalo de los campesinos, de los pobres, de los humildes, de los obreros, de los estudiantes? No; mi actitud no escandalizó la conciencia de ninguno de ellos. Puede y debe haber escandalizado, sí, a aquellos que desde hace mucho son la personificación de toda clase de escándalos.

Mi actitud de hombre y sacerdote sólo puede ser la que siempre asumí y seguiré asumiendo; jamás y por ningún precio podré traicionarme y traicionar al Evangelio, abandonando al pueblo al que fui destinado por el sacerdocio. Por eso continuaré luchando, luchando siempre hasta el límite de mis fuerzas, hasta donde humanamente me sea posible, hasta el sacrificio.

El mundo que queremos construir, el nuevo mundo fraternal al que aspiramos, merece todos nuestros sacrificios y es lo suficientemente bello como para dar sentido a toda nuestra vida. Acepté el Evangelio y no puedo mirar para atrás, sin volverme indigno. Serenamente continuaré al lado del pueblo, en Río de Janeiro, en Marañón, en cualquier parte del Brasil, en todo el mundo. Serenamente, en la certeza de que el Evangelio de nuestros días significa realizar la reforma agraria, la reforma universitaria, la reforma urbana, la reforma de las relaciones de trabajo en la industria, la lucha contra el imperialismo político y económico, la lucha contra toda clase de opresión.

Creo que estoy en la verdad y como la verdad se expande, de ningún modo podría guardarla para mí solamente.

PADRE ALIPIO DE FREITAS

LA PIEDRA DEL ESCANDALO

Los Obispos del Nordeste, encabezados por D. Helder Camara, reunidos en sesión ordinaria los días 12, 13 y 14 de julio, tomaron conocimiento del manifiesto de la A. C. Obrera sobre la situación de los trabajadores del Nordeste y del memorándum presentado por la A. C. Rural y la Juventud Agraria Católica sobre el medio rural del Nordeste.

Este es el texto de la Declaración de los Obispos:

"Ante un documento tan objetivo, cúmplenos agradecerlos, caros militantes y Asesores por la contribución que aquel representa en pro de la verdad y de la justicia. Al término de nuestra reunión queremos reafirmar nuestra entera solidaridad a los trabajadores, especialmente aquellos que pasan hambre, sufren presiones o son víctimas de injusticias. Proclamamos con el Concilio, que el trabajo supera en valor y en dignidad a los demás elementos de la vida económica y reconocemos que no puede haber desarrollo o promoción, donde no se coloca al hombre en primer lugar. Donde no se respeta la persona humana, donde no se tiene la vista puesta en el bien común, o no se defiende la igualdad esencial de todos los hombres, no existe desarrollo, ni cristianismo.

Ahora, los documentos citados y otros informes que nos llegan de diversas regiones del Nordeste dan cuenta de una situación vejatoria a que se hallan sometidos operarios urbanos y rurales.

La Iglesia, madre y maestra de todos, no toma posición contra nadie. Puesta en el mundo para servir, siéntese deudora de todos, patronos y obreros, asalariados y propietarios, pobres y ricos y hombres de mediana condición. Si por imperativo de conciencia condenamos la injusticia no queremos acentuar las divergencias entre los hombres o entre grupos sociales; queremos sí, unir cada vez más los miembros del Pueblo de Dios. Entretanto, la solicitud material de la Iglesia ha de volver a ser pre-

ferente para los que sufren, los que no consiguen ganar el pan para sí y para su familia, aún con el sudor abundante de sus rostros, para aquellos que parecen condenados al estancamiento y a condiciones infrahumanas de vida.

Convocamos a las autoridades y a los hombres de empresa a emplear todas sus energías y recursos en la creación de nuevas fuentes de promoción social. Deploramos y condenamos todas las injusticias cometidas contra los trabajadores sea en materia salarial, sea en las presiones ejercidas contra los órganos de clase, sea en las innumerables transgresiones a las leyes laborales y al Estatuto de la Tierra.

Recomendamos a todos los trabajadores, que a pesar de las dificultades de la hora presente continúen confiando en sus sindicatos y prestigiando sus asociaciones. Aún cuando esos instrumentos de promoción y defensa de los obreros no puedan resolver todos los casos satisfactoriamente, es en ellos que está la esperanza de los trabajadores. Solamente por la unión de todos será posible la defensa de los intereses colectivos.

Al mismo tiempo, sin embargo, recordamos a todos los trabajadores que, defendiendo sus derechos, no olviden, en ninguna circunstancia, sus deberes para con el trabajo y se esfuerzen para tornarse siempre más concienzudos y eficientes en el ejercicio de sus tareas profesionales. Reafirmamos, en fin, nuestra confianza y nuestro apoyo a las organizaciones de Acción Católica que actúan en el medio operario y en el medio rural. Reconocemos que reclamando mejores condiciones de vida para los trabajadores, ya están haciendo verdadera evangelización y preparando el clima para el anuncio completo de Cristo y su doctrina. Os exhortamos, caros militantes a permanecer firmes e impávidos como fermento evangélico en el mundo obrero, confiantes en la palabra de Cristo "reanimaos y levantad vuestras cabezas, porque se aproxima vuestra redención".

TERCER MUNDO: Revolución y Cristianismo

La Humanidad está tomando conciencia de la situación dramática del llamado Tercer Mundo, cada vez más marginalizado, cada vez más inquieto y revuelto, pero también cada vez más decidido a conquistar su puesto entre las naciones y asumir su papel en la historia. El gran mérito de Le Bret, con su equipo de Economía y Humanismo, consiste en haber revelado al Occidente, a través de sus irreprochables investigaciones y estadísticas, la tragedia del Tercer Mundo y en haberle demostrado la debilidad de su política suicida. Su llamamiento profético no ha quedado sin efecto. La Iglesia ha tomado posición, especialmente en la "Mater et Magistra" (abreviamos: MM), en la "Pacem in Terris" (abreviamos: PT) y en el histórico discurso de Paulo VI en la ONU. La reciente *Morale Internationale* de R. Coste trata la cuestión con bastante relieve, caracterizándola, con una expresión de Le Bret, como "el drama del siglo".

¿Cuál es la situación de este Tercer Mundo? Le Bret la describe como un círculo vicioso de miseria, con oportunidades demasiado desiguales ante la vida (en el Nordeste del Brasil la mortalidad infantil es superior al 50 % y el hombre medio difícilmente sobrepasa los treinta años de vida), ante la enfermedad (en el caso extremo de un médico para 71.000 personas) y ante el hambre (los pueblos ricos consumen cuatro veces más que los pobres). A no ser que los países ricos cambien radicalmente su orientación, caminando rápidamente hacia una civilización solidaria, el atraso de los países pobres se acentuará cada vez más y será más doloroso. Por parte de estos países, la progresiva toma de conciencia de su miseria, de la hartura de los otros y de su propia fuerza potencial, ha creado un clima de revolución sumamente vulnerable ante la seducción marxista, que obró el "milagro" de la revolución social en Rusia, en China y en Cuba. Las recientes crisis del Congo, del Vietnam y de Santo Domingo han demostrado hasta qué punto la solución del problema del subdesarrollo es vital para la construcción del nuevo mundo y de la paz mundial.

FERMENTACION REVOLUCIONARIA EN AMERICA LATINA

En este artículo solamente podemos concretar algunos aspectos de tan vasto problema. Se impone una gran restricción. No es posible tratar de todo el Tercer Mundo sin caer en generalizaciones demasiado vagas. Por ello centramos nuestra atención con preferencia en América Latina (abreviamos: AL), aunque sin perder de vista a los otros países subdesarrollados. Esta restricción está justificada. Las naciones iberoamericanas constituyen, sin duda, una cierta unidad histórico-cultural y no pueden ser equiparadas a la ligera con las afro-asiáticas.

El disparo que en 1775 desencadenó la guerra de la independencia de los Estados Unidos y dio origen a la primera oleada revolucionaria de emancipación nacional fue oído muy pronto en AL, incluso antes que en algunas partes de Europa. Más aún, una vez conquistada la independencia, no fueron los progresistas, sino una clase feudal, la que se instaló en el poder. Este grupo consolidó las estructuras coloniales y se preocupó muy poco del progreso técnico e industrial. Se estancó en el proceso de nacionalización, no llegando a la totalidad del pueblo. En la posesión tranquila del territorio, de la lengua y cultura propias, las naciones latino-americanas atravesaron

INC

C. JAIME SNOEK

Nació el 25 de diciembre de 1920 en Bijdrecht (Holanda). Pertenece a la Congregación de los Redentoristas, en la que fue ordenado en 1947. Concluidos sus estudios teológicos en el Pontificio Ateneo "Angelicum", obtuvo el grado de doctor en teología con la tesis "De idee der gehoorzaamheid in het Nieuwe Testament", Utrecht (Nimega), 1952. El P. Snoek reside en el Brasil, donde es profesor de teología moral y pastoral en el seminario Redentorista de Juiz de Fora. Desde 1962 es también profesor de liturgia. Enseña moral en la Facultad de Servicio Social de Juiz de Fora y es consultor teológico de la Conferencia Episcopal y de la Conferencia de Religiosos de Brasil. Además de su tesis doctoral, ha publicado varios artículos y colabora actualmente en la "Revista eclesiástica brasileira".

el agitado siglo XIX en una inercia y aislamiento. Su participación en el comercio internacional era ventajosa, gracias a los altos precios de las mercancías que exportaban y a la cantidad poco importante de los productos industriales que tenían que adquirir. Todo esto cambió repentinamente después de la Segunda Guerra Mundial.

Con más de un siglo de retraso, AL entró bruscamente en plena era técnica, con la explosión demográfica, el despertar de las masas, el éxodo del campo y la formación de grandes concentraciones urbanas, pobladas de ex-campesinos pobres, desarraigados, marginalizados. El sector rural, improductivo a causa de estructuras inadecuadas, va quedando cada vez más abandonado. El sector de los servicios crece desmesuradamente. Y la desmedrada clase media se siente oprimida entre la tradicional clase dirigente y las masas populares en busca de la integración en la vida nacional. Se ven agravadas estas fuertes tensiones internas por el hecho de haber caído AL en la órbita del imperialismo económico internacional. La invasión de empresas extranjeras, verdaderas sanguijuelas del capital, impide la formación de empresas nacionales. La distancia entre ricos y pobres, entre los países desarrollados y AL se hace cada vez más insuperable. La toma de conciencia de esta situación (inevitable a causa de los medios de comunicación) ha causado un clima prerrevolucionario y ha llevado a AL a considerarse envuelta en lo que Toynbee llama la tercera oleada revolucionaria, la revolución del Tercer Mundo¹¹. AL se da cuenta entonces de que, como los pueblos de Bandung, constituye una manzana de discordia entre los dos grandes polos de dominación.

AL tiene, pues, gran afinidad con el Tercer Mundo; pero, al mismo tiempo, representa un sector muy peculiar del mismo por la profunda huella cristiana recibida. Por tanto, en este contexto se presenta una oportunidad para el diálogo del cristiano con la problemática del desarrollo, diálogo que sólo será auténtico en la medida de su radicalidad, es decir, en cuanto constituye en realidad una lucha —desprovista de cualquier pretensión de triunfo— por encuadrarse en una nueva forma de "cristianidad". La huella cristiana de AL necesita ser asumida en una nueva dimensión de crítica y, en cierto sentido, de superación. ¿Cómo se producirá esa lucha? Este es problema que merece un estudio más detenido.

El desarrollo, o sea, la plena integración de las masas marginalizadas en la vida de una nación, y de los países subdesarrollados en la comunidad de las naciones, como sujeto de la historia, no es posible sin una reforma rápida y profunda de las estructuras, sin lo que llamamos revolución social. Es ésta una convicción que se encuentra en vastos sectores de la población latino-americana y, sobre todo, en un grupo notable de intelectuales. Es impresionante verificar cómo la idea de la revolución social se ha extendido rápidamente aun entre los cristianos. Recibió un impulso fuerte, sin duda, gracias a la revista chilena "Mensaje", que en dos números especiales, densos de contenido y valientes en su postura, optó decidida y claramente por la revolución en AL. Es una rica fuente que aprovecharemos con amplitud en este estudio. Han seguido la misma línea numerosas publicaciones que hablan de la indispensable e inaplazable necesidad de esta revolución¹². Cristianos de diversos países de AL ya han optado por ella y están viviendo una experiencia de compromiso, en la que asumirán sus riesgos con la esperanza de lograr una presencia actuante y transformadora en el momento crucial que viven. Existe en AL un movimiento

sindical de inspiración personalista-cristiana (CLASC) que, explícitamente, se da a sí mismo el nombre de revolucionario, con una creciente penetración sobre todo entre los campesinos. Por otra parte, estamos también ante un movimiento, ya en plena marcha, que exige una definición. La neutralidad se ha hecho imposible. La palabra revolución es ambigua. Evoca las revoluciones violentas de Rusia, de China, de Cuba. Algunos objetan que los cristianos deberían renunciar a su empleo¹³. Pero esto nos parece poco realista. Nadie es dueño de una palabra. Y ésta se ha hecho popular, del dominio público. Es mejor definir con exactitud su contenido. Y en cuanto a esto se ha llegado prácticamente a una unanimidad. Entiéndese por revolución un cambio producido deliberadamente, rápido y profundo, que afecta a todas las estructuras básicas (políticas, jurídicas, sociales y económicas) y corresponde a una ideología y a una planificación. Se diferencia de la evolución por la rapidez y por la intencionalidad del proceso. Así concebida, nada tiene que ver con la cuartelada, ni con el golpe político. Implica, en su propio concepto, un elemento de ruptura con el orden vigente y la elaboración de un nuevo orden. La insurrección y la violencia pueden acompañar al movimiento revolucionario, pero no constituyen su esencia¹⁴.

DESARROLLO Y REVOLUCION EN UNA PERSPECTIVA TEOLOGICA

Partimos, pues, de esta noción general y preguntamos: ¿podrá el cristianismo aportar algo al proceso revolucionario? Poco ha especulado la teología sobre la revolución. Es explicable. Las iglesias, aun aquellas que nacieron de la Reforma, con excepción del calvinismo, se unieron siempre al orden social tradicional y al poder¹⁵.

"Jamás se vio a la Iglesia tomar posición en favor de una revolución por la simple razón de que fuera justa", escribe Merleau-Ponty en una crítica mordaz¹⁶. Encerrada como está en una visión cosmocéntrica de la realidad, visión estática de un supuesto orden divino e inmutable, difícilmente podía ser de otro modo. Solamente en los últimos decenios se ha realizado una profunda revolución en el interior del pensamiento filosófico y teológico, que parece hacer posible la elaboración de una teología del desarrollo y de la revolución. Están asomando ya los primeros frutos¹⁷. Aquí sólo podemos ofrecer algunos elementos. Fundamentales parecen la imagen antropocéntrica del cosmos, la concepción evolucionista del universo y la conciencia histórica, propias del pensamiento moderno¹⁸. En esta perspectiva, que es bíblica en el fondo, se encuadran fácilmente categorías tales como desarrollo y revolución. No se puede concebir un *status quo* de un orden "sagrado" e intocable, si el mensaje bíblico nos revela una enorme acción de Dios, acción de creciente humanización del hombre y de progresiva agrupación de todas las naciones en la unidad, a partir de la Creación hasta la consumación escatológica. Es exactamente la fe en un futuro absoluto y trascendente, es una profunda transfiguración que se realizará en el fin de los tiempos con la venida del Señor, lo que da a todas las realizaciones humanas un empuje y un dinamismo para este objetivo, a la vez que un carácter de relatividad y de provisionalidad. ¿Cómo puede entonces un cristiano sorprenderse de la transitoriedad de las estructuras humanas? ¿Cómo puede extrañarse de los procesos revolucionarios y, por principio, quedar al margen de ellos, si

el mismo Dios revolucionó la historia por la encarnación del Logos, por el esplendor del Misterio Pascual, por la Iglesia del Verbo Encarnado, por el Espíritu Santificador, que todo lo renueva y, a través de la transformación de las realidades terrestres, conduce a la plena realización del Reino?¹⁹ El cristianismo es la religión del "llegar a ser", de la expectativa actuante, del futuro. Es también la religión del desarrollo. Desde que Dios se dignó existir como hombre, nos fue revelada la estupenda posibilidad que el ser humano posee para ser divinizado. En Cristo "tuvo a bien Dios que morase toda la plenitud" (Col 1, 19), es decir, la suprema realización de las posibilidades de la naturaleza humana²⁰. El es el polo extremo hacia el que ha de caminar todo desarrollo "hasta que lleguemos todos juntos a la madurez del varón perfecto, a un desarrollo orgánico proporcionado a la plenitud de Cristo" (Ef 4, 13). En El tuvo también comienzo el llamamiento efectivo e irresistible de todas las naciones a la paz mesiánica en la unidad (Mt 8, 11; Apoc 21, 24-26).

Dios actúa concretamente a través de los hombres y dentro de la historia humana. Esta es la razón de que este amor salvífico y humanizador de Dios, que encontró en Cristo su "última Palabra" constituya también la naturaleza íntima del cristianismo. Este amor, universal y personalizador, no deja de actuar mientras el prójimo no alcanza su plenitud humana, mientras no participa en la comunidad universal del amor. No se conforma con estructuras deshumanizadoras, con situaciones que representan la dominación de un hombre sobre otro, de una nación sobre otra. Actúa como un fermento y a presión. De esta forma, el cristianismo, explícito o implícito, es la fuente creadora más íntima de todos los cambios en la condición terrestre del hombre, en cuanto representan un avance (o al menos una tentativa) hacia un mayor amor y libertad, una mayor fraternidad; en suma, hacia una mayor humanidad. Los ideales de libertad y de justicia que, aunque desfigurados, inspiraron las revoluciones de 1789 y de 1917, son ideales cristianos, nacidos en terreno cristiano, como dice P. Bigo²¹.

No es posible concebir un desarrollo sin cristianismo, en una u otra forma, pues toda la humanidad deriva de Cristo.

El desarrollo, por tanto, según nuestro modo de entenderlo, viene a ser la misma acción salvífica y humanizadora de Dios, pero immanente en la historia de los hombres. Es la misma providencia de Dios que describe la Biblia como obra de Aquél que hace justicia a los pobres, humilla a los soberbios, derroca a los poderosos y ensalza a los humildes (Lc 1, 51-53). Mas esta providencia es realizada por los hombres, por la historia humana, en cuyo seno existe el Pueblo de Dios como sacramento de esta presencia, como ciudad de Dios en constante interacción con la ciudad de los hombres, constituyendo la única historia de salvación. Inmanente, pero al mismo tiempo trascendiendo esta historia, Dios juzga, salva, condena, redime, destruye para reconstruir mejor su Reino de justicia y amor, escribiendo siempre derecho con las líneas torcidas de los hombres y garantizando siempre el éxito final de su obra. Dios conduce al desarrollo y salva a los pueblos a través de su Pueblo, a través de todos los que a él pertenecen visible o invisiblemente, consciente o inconscientemente²². A la vista de esta perspectiva, no puede dudarse de que el puesto del cristiano está en la línea del frente, en el corazón de todo movimiento auténtico de verdadera promoción humana.

No queremos afirmar con esto que siempre esté claro el camino y el modo del compromiso que debe asumir el cristiano. Desde que el pecado se instaló en la historia, esta marcha hacia el desarrollo se hizo sinuosa y agitada, llena de ambigüedades. Hay retrocesos y atascos, desequilibrios y tergiversaciones. Se idolatra lo que es relativo y transitorio. Lo contingente se considera absoluto. El egoísmo crea y sostiene instituciones de dominación. En el mismo corazón de la historia está la Cruz de Cristo, señal de contradicción y de salvación. A través de todas estas pruebas Dios purifica y salva, revela el misterio de la iniquidad, del pecado institucionalizado, conduce suave y enérgicamente al fin trascendente de la historia. Sólo el que tiene fe y vive a fondo estas situaciones de conflicto, percibe en ellas algo que revela el plan de Dios.

Portador e instrumento de paz, heredero de las promesas mesiánicas, el Pueblo de Dios no cree en guerras santas²³. Tiene horror a la violencia (Mt 5, 38-41). Guerra y revolución violenta demuestran que también ha disminuido la influencia del Reino de Dios. Confiando en las promesas, los cristianos creen en la posibilidad cada vez mayor de prevenir los conflictos y los primitivismos de violencia que acarrearán. Buscando siempre soluciones pacíficas, no se acobardan ante la acusación de pacifismo. Aun envueltos en conflictos violentos inevitables, tratan de ser un elemento de reconciliación, de aproximación entre los grupos dolorosamente separados y antagonicos.

RESPONSABILIDADES CONCRETAS

Queremos situar ahora, dentro de esta visión general, algunas orientaciones específicas. Veremos: 1) el papel de la Iglesia, 2) el de los cristianos comprometidos, 3) el de la clase dirigente, y 4) el de los países desarrollados frente a la revolución del Tercer Mundo.

1. El papel de la Iglesia²⁴

La misión de la Iglesia en medio de los hambrientos y oprimidos exige una postura determinada. No puede esquivar el problema de la miseria. Además, cristianización y humanización brotan de una misma inspiración evangélica²⁵. Toda cristianización incluye una humanización. A la humanización sólo le falta, para ser cristianización, la conciencia —a través de la fe— de su relación con Cristo. Por eso, la Iglesia debe ser profundamente solidaria con los hombres que quiere salvar, en un amor eficaz a la técnica y a la planificación, que prepara y expresa la comunidad de fe y de culto.

A la Jerarquía como tal compete sobre todo el gran instrumento pastoral de la palabra profética. Tiene que denunciar las injusticias (Jr 22, 13-19; Lc 6, 24-26; Sant 5). Su silencio sería interpretado como connivencia. En el camino de las grandes enseñanzas sociales del Magisterio, la Jerarquía debe iluminar los espíritus con la luz del Evangelio en medio de la oscuridad de situaciones ambiguas, debe abrir una perspectiva cristiana para los militantes. Puede preguntarse si el clero de AL está suficientemente desvinculado de las estructuras injustas²⁶.

Puede preguntarse si los misioneros de las diversas iglesias de AL no se dejan manejar a veces —inconscientemente— como instrumentos de un neo-colonialismo sutil,

lo mismo que antaño²⁰. A pesar de estas dudas, se nota claramente un despertar de la Jerarquía. Varios episcopados y muchos obispos han llegado a hacer declaraciones valientes e incisivas, trazando normas lúcidas para una acción completamente en la línea de las reformas básicas. Sin embargo, se echa de menos todavía más unión y más uniformidad en las declaraciones²¹. Los desacuerdos en el clero y, sobre todo, en el episcopado, dejan a los seglares perplejos y paralizados en su actuación. Se desea también un mayor acoplamiento con las Iglesias protestantes, que están desarrollando una acción social bastante intensa, partiendo de puntos de vista idénticos²². Sería una de las formas de ecumenismo recomendadas en el decreto del Vaticano II (n 12), la más recomendable quizá en AL.

Aunque la palabra sea el instrumento más específico de la Iglesia en su autorrealización, ella tendrá que dar un testimonio más concreto de su amor por los hombres, como decíamos. Sin una acción concreta en lo temporal, no será escuchada. Una hermosísima tarea le compete en el desarrollo: la educación humana, en todos sus niveles y ramificaciones. No quiere decir esto que deba establecer una red de escuelas, colegios y facultades católicas. Estas, muchas veces, han sido un contravalor por su mediocridad, por su discriminación racial y social, que les hace perder todo vigor. Pero cualquiera que sea el instrumento, la Iglesia debe aportar este servicio, esta *diaconía* de educar (e-ducere!) todo el potencial humano, todos los valores auténticamente humanos, desinteresadamente, sin caer en la tentación de nuevas formas de cristiandad, de dominación clerical.

2. Los seglares comprometidos en el proceso revolucionario

La revolución en la que los cristianos pueden y deben comprometerse, en la medida en que las estructuras vigentes sean injustas e incapaces de adaptación, supone, por definición, una concepción global del nuevo orden que se quiere implantar. La subversión pura y simple o la revolución meramente distribucionista serían peores que el status quo, a pesar de sus injusticias. "El mundo actual tiene más necesidad de sabios que de planificadores", escribe Lebret²³. Sin una filosofía clara y una ética del desarrollo que puedan arrebatar a un pueblo ya despierto, no podrán resistir los cristianos la fascinación del marxismo y la seducción del neo-capitalismo importado. Por consiguiente, AL perdería su oportunidad histórica de caminar hacia una solución de sus problemas con la efectiva participación cristiana, y de contribuir de modo original al enriquecimiento de toda la familia humana. La idea central habrá de ser un desarrollo al servicio del hombre: la realización integral de todo el hombre y de todos los hombres. Las grandes líneas de una civilización solidaria (o comunitaria) están siendo elaboradas, pero queda todavía mucho por hacer²⁴.

Sin embargo, una conciencia cristiana, inmersa en la problemática de una revolución social y comprometida en ella, no puede quedar en la región de los principios. Será necesario elaborar una ética concreta, basada en un análisis objetivo de la realidad y de cara a unos proyectos concretos para las reformas básicas, integrados en una planificación global. Una notable tentativa en este sentido fue hecha para AL por el equipo de "Mensaje"²⁵.

Será necesario también crear el instrumental indispensable para realizar las reformas debidamente planea-

das. Dada la hipertrofia de lo político, bastante generalizada en AL, será mucho más importante crear organizaciones básicas (educación de adultos, por ejemplo) y cuerpos o grupos intermediarios (sindicatos, cooperativas, mutualidades) que instrumentos políticos.

Serán, al mismo tiempo, una defensa contra el peligro de la tecnocracia²⁶. Es el camino apuntado por Juan XXIII en la MM respecto a los campesinos. Es el único camino válido, pues actúa en profundidad. Y a priori no parece aconsejable organizar estos cuerpos intermediarios sobre base confesional.

Ante una radicalización del proceso revolucionario, el cristiano no debe atenerse solamente a lo que hay de relativo y de transitorio en esta postura radical, sino que debe ejercer y practicar su originalidad más profundamente en la explicitación de los valores absolutos actuales. En esta perspectiva se sitúa el problema de la violencia y de la no-violencia. La vocación para lo auténticamente humano, la sensibilidad a los llamamientos absolutos marcan en el cristiano una nitida preferencia hacia la no-violencia positiva²⁷. No se deja sorprender ni dominar por la impaciencia revolucionaria²⁸. Sin embargo, en la fase actual de la civilización, no se puede excluir tampoco *a priori* la legitimidad de un recurso temporal a la ilegalidad y a la violencia. Es preciso recordar que, en cierto sentido, la violencia está siendo empleada también por la "contra-revolución" que persigue a los líderes sindicales (¡y no sólo a los marxistas!) y que, beneficiaria privilegiada del *status quo* ha sido incapaz de combatir esa miseria que todos los días causa víctimas. Es la violencia ejercida, discreta y silenciosamente, por el "general" Hambre. A tenor de un concisísimo principio de moral, en situaciones de extrema necesidad todo se hace común, todo es de todos. ¿No ha de aplicarse aquí este principio? ¿Y cómo se puede poner en práctica sin algún recurso a la violencia? ¿No sería mayor el peligro del conformismo que el de la impaciencia revolucionaria? En todo caso, toda decisión será tremendamente delicada. La escasa doctrina respecto a las condiciones que pueden justificar el recurso a la violencia en situaciones revolucionarias tan diversas ha cristalizado, a lo largo de la tradición doctrinal, en una serie de conocidas fórmulas que no vamos a repetir²⁹. La violencia será la "última ratio", el último recurso frente a una estructura esencialmente injusta e intolerable, y siempre con la condición de que haya mucha seguridad de poderse implantar un orden justo a corto plazo. H. Thielicke pone como condición que la nueva autoridad esté ya potencialmente constituida; que se dé tiempo a la madurez histórica de la situación y que haya una legitimación por parte del pueblo en su mayoría³⁰. Evidentemente, la selección de técnicas y de modo debe obedecer rigurosamente a las exigencias de la dignidad humana³¹.

Los revolucionarios deben resistir a la doble tentación de perpetuarse en el poder, creando una nueva forma de dominación, y de pensar que esta revolución vaya a instaurar definitivamente el paraíso. En estas dolorosas situaciones, en las que los cristianos se combaten a mano armada, deben estar éstos dispuestos siempre a reanudar el diálogo.

Partimos, hasta ahora, de la hipótesis de una revolución violenta dirigida por cristianos. Mucho más delicada será la toma de posición de los cristianos frente a un

movimiento de inspiración marxista. J. Terra hizo un excelente análisis de tres situaciones diferentes, correspondiendo a situaciones históricas reales: 1) la revolución de tendencia marxista, pero que puede ser todavía bien orientada; 2) la revolución netamente marxista, pero que puede ser aplastada, y 3) la revolución marxista incontenible. Remitimos a este autor para los detalles y explicaciones³².

3. La clase dirigente

Fue, sin duda, el capitalismo liberal el que dio el primer impulso al desarrollo económico de AL. No queremos discutirle este mérito. Pero no es menos verdad que es también el principal responsable de los profundos desequilibrios sociales actuales³³. Las graves acusaciones de la "Cuadragesimo Anno" contra el abuso del poder económico mantienen todavía su plena validez contra las oligarquías de diversos países latinoamericanos. Son los dueños del poder y de los instrumentos de coacción. Dueños también de los poderosos medios de comunicación social, influyen profundamente la opinión pública. Reprimen todo intento de reforma social bajo el pretexto de lucha contra el comunismo. Una determinada categoría, llamada por Toynbee "los Herodianos", llega al punto de calcar todo su modo de pensar y de vivir sobre los modelos de la alta sociedad de los países ricos: depositan su dinero en los bancos europeos y norteamericanos, despilfarran el dinero en costosos viajes al extranjero y se distancian cada vez más de su pueblo³⁴. Alarma el constatar cómo la clase dirigente se cierra ante el designio social de la Iglesia y cómo desfigura y enturbia muchas veces su contenido. Asociaciones de dirigentes cristianos de empresas, si existen, llevan una vida lánguida. En cambio, los Rotary, los Lions y las logias masónicas gozan de cierta superioridad. ¿No es esto un síntoma? La filantropía paternalista, ¿no servirá a veces para anestesiar la mala conciencia que huye de sus verdaderas obligaciones? Lejos de nosotros poner en duda la sinceridad y la buena fe de muchos, pero... hasta el capitalismo tiene sus "tontos útiles", tanto más numerosos cuanto más sutil es su propaganda en los medios cristianos.

La clase dirigente necesita una doble conversión: conversión a la realidad y conversión a Cristo. Sólo así podrá distinguir los signos de los tiempos y descubrir su misión en un nuevo orden social, poniendo al servicio del pueblo todo su patrimonio cultural, sobre la base de una objetividad científica, una funcionalidad tecnológica y una racionalidad doctrinal³⁵. Muchos están ya próximos a esta conversión. Otros han pasado ya por ella, sobre todo los de la nueva generación, y viven angustiados en un verdadero drama de conciencia. Pero también son víctimas de las estructuras. Se ven obligados con frecuencia a soportar, en su ambiente y en sus empresas e iniciativas, ciertas maniobras ilícitas, so pena de perecer económicamente. Pero no pueden perder de vista que están llamados a ser el fermento cristiano en su clase, preparando así los caminos del Señor.

4. Los países desarrollados

La lucha del Tercer Mundo por el desarrollo es un problema que afecta al mundo entero. R. Coste indica claramente las etapas de la estrecha relación entre paí-

ses ricos y pobres; información y conocimiento previo para la ayuda, y ayuda para la cooperación³⁶.

La información y conocimiento previo ya existe. Se manifiesta especialmente en las especulaciones sobre las materias primas en las Bolsas internacionales; en un comercio explotador que obliga a los países pobres a pagar caros, en el extranjero, los productos manufacturados con sus propias materias primas; en los "trusts" que ahogan a la industria nacional, etc. Solamente un comercio que se sujeta a la ética de una economía planetaria, una economía de la especie, como dice F. Perroux, será capaz de superar y vencer la "satelización" del Tercer Mundo. Por lo demás, el mismo Tercer Mundo ha comenzado ya a ejercer cierta presión de tipo sindical en este sentido³⁷.

Ya se concede asistencia técnica y financiera. En la PT, Juan XXIII elogia la prontitud con que fue escuchado su llamamiento en la MM (n 122). Gobiernos, Iglesias, entidades particulares empezaron a moverse, muchas veces con un desprendimiento impresionante. Sin embargo, lo que se da es todavía poco. Debería hacer posible una rápida industrialización sin impedir demasiado el consumo interior, que ya es escaso; sin la contención rígida de los salarios, porque esto crea tensiones políticas y el riesgo de una revolución violenta y puramente distribucionista en un continente de por sí muy explosivo. Lo que se da es también poco en relación con lo que podría darse. Según las estadísticas no llega al 1 % de la renta nacional de los países ricos. Son migajas que caen de la mesa de los ricos. Y éstos, esclavos de la tiranía publicitaria, siguen consumiendo mucho más de lo necesario y conveniente y defendiendo sus fuentes de bienestar en la carrera de armamentos. ¿No sería deber imperioso el transformar las espadas en rejas de arado, según la expresión del profeta, recordada por Paulo VI en su discurso en la ONU? La misma conquista de los espacios siderales, ¿no está realizándose a costa de los países subdesarrollados? ¿No se está sacrificando indebidamente la generación actual al futuro? Lo poco que se da, es con frecuencia mal empleado. Aunque exista el problema de la natalidad, no tiene especial interés AL en una red de clínicas para el "birth-control"; no falta todavía espacio vital. Lo que faltan son medios de producción. En lugar de disminuir el número de comensales en el banquete de la vida, hay que dar antes el pan hasta la hartura, según la feliz expresión del Papa en el discurso citado. Lo poco que se da, se da con frecuencia sin un plan racional, o no llega adonde debería llegar. Lo poco que se da, se da muchas veces calculada e interesadamente, a pesar de la seria advertencia de la MM contra el "neo-colonialismo" (n. 171 ss). El precio es la imposición de determinada ideología, de determinados patrones culturales que no se ajustan a la naturaleza de los pueblos ayudados. Y aun la misma oportunidad de este poco se pone todavía en duda por los llamados "cartieristas"³⁸, a pesar de que la MM habla en términos de derecho y deber (n 158).

Los dos grandes bloques mundiales en pugna tratan de ampliar su dominio sobre el Tercer Mundo. Ambos combaten, y por medios injustos, un sindicalismo revolucionario de inspiración cristiana. Obispos y sacerdotes que exigen estas reformas corren el riesgo de verse acallados

THOMAS MERTON: HERALDO DE UNA NUEVA CONCIENCIA

Thomas Merton es sin duda uno de los autores católicos más trascendentes de la actualidad. Su vasta obra ha sido traducida a numerosos idiomas. Entre sus libros más importantes (aquí lo edita Editorial Sudamericana) figuran: *La montaña de los siete círculos*, *La vida silenciosa*, *Diario secular*, *El hombre nuevo*, *Semillas de contemplación*, *Vida y santidad*, *Las aguas de Siloé*, *El signo de Jonás*, *Los hombres no son islas*, etc., obras que le han dado un justo renombre como místico y contemplativo. Merton ingresó a la Orden de los monjes cistercienses en 1941, que como es sabido hacen voto de silencio total y practican estricto retiro. En la Abadía Trapense de Nuestra Señora de Gethsemani (Kentucky-USA), pasó a ser meramente el Padre Luis, maestro de novicios.

Una faceta prácticamente desconocida de su personalidad, comenzó a aflorar hace unos cinco años cuando pasó a dedicar sus escritos a temas de candente actualidad. Lo explica de esta manera: "Mi punto de vista es religioso antes que político o sociológico. Un monasterio contemplativo no es el lugar adecuado para el estudio científico de las tendencias sociales. Pero ofrece la ventaja de una perspectiva espiritual única. El monje no se contenta —y no quiere contentarse— con compartir sencillamente la opinión del mundo tal como se la presenta el periódico, que por otra parte no lee en forma regular. Está más acostumbrado a los profetas hebreos que a las revistas *Time* o *Life*, pero en casos excepcionales también puede tener acceso a fuentes seleccionadas de información esencial sobre los problemas críticos de la sociedad donde vive. Aunque haya abandonado "el mundo", sigue teniendo una grave responsabilidad respecto a quienes permanecen en él. Esta responsabilidad es espiritual. Pero cuando el destino material y moral de los hombres está a merced de los políticos, a los llamados contemplativos les está prohibido ignorar deliberadamente los problemas cruciales de su siglo. Esta obra es, pues, una meditación sobre

una crisis revolucionaria, una meditación que, así lo espero, contiene algo de verdad cristiana. En todo caso presupone que en un momento en que se bombardea las iglesias y se asesina a los hombres, los cristianos no tienen la obligación de resignarse a escoger entre el silencio o entregarse a *glossolalias*." (N.D.T. La glossolalia es un fenómeno referido a los primeros cristianos y consiste en algunas personas que de manera súbita comenzaban a hablar en lenguas extrañas.)

Ferviente pacifista, concentró su atención en el problema racial y a fines de 1963 concluyó un libro capital titulado *La Revolución Negra*. Esta obra (llegada a nuestras playas en edición castellana de Editorial Estrella, Barcelona) ha sido silenciada tanto por ciertos "católicos" que creen ver en el "progresismo" una tenebrosa mano roja, como por parte de ciertos "comunistas" que no soportaron ver a un cristiano para quien la religión es un modo de participar de los problemas contemporáneos y no un modo de evasión.

A comienzos de 1964 viví la inaudita emoción de traspasar el portal de la Abadía de Gethsemani después de haber organizado en México un encuentro de poetas de una "nueva solidaridad" que fue atacado unánimemente por derechistas y comunistas mexicanos. Llevaba ya un año de correspondencia con el Padre Luis, también excelente poeta. Un permiso especialísimo del Abate hizo posible que ese contacto postal se convirtiera en vastos diálogos mano a mano.

Al fin de ese año, me envió este artículo donde ampliaba y redondeaba los temas centrales de *La Revolución Negra*. Es primordial destacar lo siguiente:

- 1) El trabajo (que ya casi tiene dos años de escrito) anticipaba lúcidamente los actuales choques raciales.
- 2) Los idólatras que el Padre Luis describe, tienen mucho en común con ciertos predicadores del odio que entre nosotros postulan el retorno al Medioevo.



militantes del SNCC (Comité Coordinador Estudiantil No-violento), a quienes se debe el slogan "poder negro".

3) El "progresismo" (uno de cuyos abanderados máximos es Monseñor Helder Cámara, recientemente apoyado por el Vaticano) no es otra cosa que un sano esfuerzo para la re-cristianización de un mundo evidentemente sumido en la barbarie, de allí que los progresistas sean ferozmente atacados por los neo-trogloditas.

4) En el artículo hasta es posible detectar el punto de partida del hoy llamado *Poder Negro*, que la prensa interesada pinta falsamente como "comunista" y cuya raíz "revolucionaria" analizaremos en otra nota.

5) El comunismo en su versión subversiva no es una causa sino una consecuencia de la injusticia social. Los beneficiarios de esta injusticia sostienen un falaz anti-comunismo cuya meta es demorar los cambios sociales.

6) Esta publicación de *Cristianismo y Raza* servirá para un análisis ulterior del "problema peronista" como cuestión racial, enfocada como antagonismo entre la "supremacía blanca" de Buenos Aires y los "cabecitas negras" del interior del país e Indomérica.

A fin de apreciar el asunto central de este artículo del Padre Luis, recordamos:

- 1963 — Agosto: Marcha pacífica sobre Washington.
Noviembre: Kennedy es asesinado.
- 1964 — Se promulga la Ley de Derechos Cívicos (ingreso de negros a lugares públicos).
Gran motín en Harlem, New York.
- 1965 — Se promulga la Ley de Derechos Electorales (supresión de trabas para el voto del negro).
Gran motín en Watts, Los Angeles.
- 1966 — Es vetada la Ley de Vivienda (anulación de restricciones zonales). Surge el Movimiento del Poder Negro. Violentos choques raciales en varios estados norteros, donde nunca activaron los

Como señala el Padre Luis, la promulgación de una Ley en EE.UU. (sobre todo de índole racial) no garantiza su cumplimiento. Se critica la violencia negra pero se olvida que ha sido precedida por 300 años de violencia blanca, y que hace mucho que el negro es estafado con promesas. Además, resulta ilusorio pretender que se conforme con integrarse a una sociedad corrompida cuyo mayor baldón es la guerra racial llevada a cabo en Viet Nam en nombre del Occidente Cristiano, para beneplácito de las "guardias rojas".

El Padre Luis puntualiza una clara acusación a los propagandistas de un falso cristianismo. La "nueva conciencia" consiste en un rechazo de la indiferencia y la complacencia, y en decidirse a asumir la responsabilidad de defender los valores humanos por más que idólatras aferrados exclusivamente a la prédica de un sospechoso anticomunismo, sigan tratando de eternizar las barbaridades que lo hacen posible.

Los belicistas, los oscurantistas y los neo-trogloditas podrán hasta denunciar como apócrifas estas páginas del Padre Luis. No será esa la última de sus infamias. Para ellos el amor al semejante consiste en aniquilarlo del mejor modo posible. Y no es extraño que so pretexto de detener un "siniestro complot judeo-masónico-teilhariano-comunista" prediquen ahora una apocalíptica cruzada de contrarrevolución "católica" a fin de encubrir su complicidad con el atraso y su fracaso como seres humanos. La verdadera revolución cristiana halla su fuego redentor en el instante en que cada cual asume su misión como hombre, su poder de creación solidaria y su capacidad ilimitada de crecimiento. Tal el rumbo de la justicia, simplemente en nombre de la vida.

THOMAS MERTON

Cristianismo y Raza en E.E.U.U.

(Los Bárbaros están entre nosotros)

1

Durante dos años ha habido en los Estados Unidos una incuestionable sensación de "kairos": entre una minoría de cristianos alertas y progresistas se trata de una sensación de examen y oportunidad providencial, mientras que entre otros (la mayoría más confundida) se trata de una sensación de combate apocalíptico. En el movimiento negro cristiano no-violento que guía Martín Luther King, el "kairos", el "tiempo providencial", ha sido asumido con una respuesta valerosa y esclarecida. La militancia negra no-violenta por los derechos cívicos ha sido una de las más positivas y exitosas expresiones de acción social cristiana que se haya visto en parte alguna durante el siglo veinte. Ciertamente, se trata del más grande ejemplo de fe cristiana en acción a lo largo de la historia social de los Estados Unidos.

Ha surgido casi enteramente de los negros, con el apoyo de algunos cristianos y liberales blancos. No cabe duda que el heroísmo cristiano exteriorizado por los negros durante la manifestación de Birmingham, o la calma y el orden masivo de la Marcha sobre Washington en agosto de 1963, tuvieron mucho que ver con la promulgación del Acta de los Derechos Cívicos. Debe admitirse también, como ha señalado el líder no-violento negro Bayard Rustin, que sin la cristiana intervención de los

protestantes y católicos blancos de todo el país, el Acta no habría sido votada. El hecho que haya ahora una Ley de Derechos Cívicos garantizando, al menos "de jure", la libertad de todos los ciudadanos para gozar equitativamente las ventajas del país, se debe a algo que en los Estados Unidos podría llamarse tanto conciencia cristiana como conciencia humanitaria y liberal.

Sin embargo, la promulgación del Acta ha sacado a luz el problema real. La batalla por los derechos entra ahora en una etapa nueva y más difícil.

Hasta aquí, los bien intencionados y los idealistas dieron por sentado que si se aprobaba la legislación necesaria, las dos razas podrían "integrarse" más o menos naturalmente, no sin cierto margen de dificultades, por supuesto, pero no por ello menos efectivamente. Tal idea daba por sentado también un respeto universal por la ley y el orden. Pero si hay algo que ha quedado profusamente en claro a través de la prolongada y agria lucha del Sur para impedir que la legislación de los derechos cívicos fuera promulgada o ejecutada, es que tanto los legisladores como la policía, y por cierto todos aquellos a quienes puede llamarse "Establishment" ("el establecimiento"), parecen ser los primeros en desafiar la ley o en ponerla de lado cuando sus propios intereses son amenazados.

Y entonces hay muchos que piensan que la no-violencia no ha logrado un éxito completo e incuestionable. Se la considera ilusoria y muy ingenua. Por ambas partes hay más y más charla sobre acción violenta, a medida que con mayor claridad se ve que la Ley de los Derechos Cívicos no ha solucionado realmente el problema racial y que en realidad la existencia del negro en el "ghetto" sólo ha quedado mejor y más estrictamente definida por su incapacidad para sacar ventajas de los derechos que le han sido concedidos demasiado tarde.

Durante la época de los "sit-in's" (protestas-sentadas) alguien observó que si se hubiese atendido a los negros en los comedores ellos no habrían podido pagar la cuenta. Ahora que se les ha otorgado el derecho para entrar a cualquier hotel o a cualquier restaurante, eso no significa que dispongan del dinero para hacerlo, y cada vez se les hace más difícil conseguir empleo.

El negro es integrado por ley a una sociedad en la que realmente no hay sitio para él —aunque podría hacersele espacio, sin la mayoría blanca fuera capaz de quererlo como hermano y conciudadano. Pero hasta aquellos que teóricamente estuvieron en favor de los Derechos Cívicos se están volviendo concretamente reacios a aceptar al negro como vecino. Después de muchos años

de combate amargo y de decepción, el negro tiene clara conciencia de ello, lo cual ha afectado seriamente sus actitudes. Durante trescientos años el negro ha sufrido quieta y pacientemente, creyendo a los pocos blancos que le aseguraban que al final se integraría con la sociedad blanca. Ahora que es integrado por ley y rechazado de hecho, su amargura se ha convertido en desprecio por una sociedad que se le ha revelado con todos sus defectos y que ha monopolizado todos los beneficios. Ahora que el negro tiene plenos derechos como ciudadano estadounidense, tal vez después de todo no quiera esos derechos. Quizá está comenzando a querer otra cosa —una oportunidad para descargar su amargura mediante la protesta— y mediante el sabotaje, en actos violentos que desbaratarían un "orden" social que a él le luce como vacío y fraudulento.

El problema es mucho más complejo, mucho más trágico que lo que la gente ha imaginado. Para empezar, hay algo que trasciende los Estados Unidos. Afecta al mundo entero. El problema racial en los Estados Unidos ha sido analizado (por ejemplo, escritores como Willian Faulkner) como un problema de culpa profunda por el pecado de esclavización. La culpa de la América blanca hacia el negro es simplemente otra versión de la culpa del colonizador europeo hacia todas las otras razas del planeta, ya sea en Asia, Africa, América o la Polinesia. La crisis racial de los Estados Unidos ha sido justamente diagnosticada como una "crisis colonial" dentro del país antes que en un continente lejano. Pero sin embargo, está íntimamente ligada a los problemas de Estados Unidos en el Sudeste asiático y en Latinoamérica, particularmente con Cuba.

Esto no parece haber sido suficiente o claramente percibido. El celo del presidente Johnson por los derechos cívicos no armoniza demasiado bien con sus actitudes belicistas en Viet Nam. En esto, el extremista de derecha Goldwater es más consistente, y podría decirse que Goldwater es tal vez más representativo del pensamiento de muchos estadounidenses "promedio" de lo que la gente cree.

Este no es un problema pequeño. Es una señal de que los estadounidenses tienden a contentarse con apreciaciones super-simplificadas y superficiales de un conflicto muy hondo, en el cual está cuestionada la identidad y el futuro de su país, junto con la autenticidad de sus proclamas de Democracia y Cristiandad. Pues aunque de hecho hay en los Estados Unidos una amplia cantidad de no cre-

yentes, aquí la sociedad tiende a considerarse vagamente "cristiana", y los políticos tienen el hábito de señalarlo orgullosamente. Lo perturbador es que algunos de los que se consideran a sí mismos como los creyentes más fervorosos son, en política, seguidores de un extremista como Goldwater.

2

En uno de los grandes motines de 1964, el de Harlem a mediados de julio, cuando las calles estaban llenas de gente en confusión, corrida por la policía; cuando ladrillos y botellas llovían desde los tejados y la policía hacía disparos al aire (no sin matar a un hombre y herir a algunos otros), un capitán de la policía trató de dispersar a los manifestantes gritándoles a través de un megáfono: "Go home! Go home!" (¡Vayan a casa!)

Desde la multitud una voz respondió: "¡Estamos en casa, baby!"

La ironía de esta expresión, y su humor, resumen el problema estadounidense. El negro no tiene adonde ir. Está donde está. La América blanca lo ha puesto allí. La tendencia general ha sido proceder como si no estuviera, o como si pudiera irse a alguna otra parte. El mismo negro norteamericano ha tratado de volver al Africa, pero el plan fue ridículo. Aún ahora, los nacionalistas negros reclaman que se les de a los negros una parte del país —para que puedan vivir allí por sí mismos. Uno de los objetivos de la violencia que esos racistas negros fomentan activamente, es hacer que la sociedad blanca se los saque de encima voluntariosa y gozosamente. Persiste el hecho de que el negro habita ahora la morada que le ha dado el hombre blanco: las tres millas cuadradas de ruinosos conventillos que forman el "ghetto" de Harlem, prototipo de todos los "ghettos" negros de Estados Unidos, llenos de crimen, miseria, promiscuidad, uso de drogas, prostitución, guerra pandillera, odio y desesperación.

Y siendo así Harlem un problema, considerar sólo su lado negativo no lo aminorará. Para los que piensan únicamente en la existencia de prostitutas y criminales, Harlem entra a formar parte del generalizado y obsesivo mito nacional del "negro malo". No obstante, la mayor parte de la población de Harlem son hom-

bres y mujeres bueno, pacíficos, amables y de largo sufrimiento, socialmente inseguros pero más se ha pecado en su contra que lo que tengan de pecadores.

Lo que debe sorprender no son las demostraciones masivas y las manifestaciones ocasionales, tampoco la delincuencia juvenil y menos las más y más deliberadas excursiones de pequeños grupos violentos hacia otras áreas de la ciudad para golpear a la gente blanca y robarla. Lo sorprendente es la persistencia del coraje, la ironía, el humor, la paciencia y la esperanza en Harlem!

Cualquiera que conozca Harlem sabe que se caracteriza por una cosa sobre todas las demás: no por la fealdad, la promiscuidad, el vicio o la violencia, sino por los gritos de miles de niños que juegan en sus calles. Eso es Harlem: abierta barandina y risas de niños que crecerán hasta convertirse en otra generación más numerosa y más encerrada en problemas y acusaciones a la sociedad blanca

¿Y acaso no hay otras sugerencias e ironías en el grito "Go home" a los negros de Harlem? Obviamente, recuerda a todos el "Yanqui, go home" que se ha oído por toda Latinoamérica. Y el yanqui, si quiere, puede encogerse de hombros a "ir a casa" desde Brasil, Perú o Venezuela, simplemente dejando a su agente para supervisar las minas, las plantaciones, y sus otras inversiones. Pero en Nueva York no hay unirse a casa. Estamos todos en casa, sentados y mirándonos unos a otros, conjeturando qué es lo que va a suceder.

Y también en el Sur no hay adónde ir a casa. Estamos todos en casa, completamente en casa. Aunque en el Sur existe aún el agitador norteno que siempre es (ese es un auto de fe, de fe cristiana precisamente) un "agente rojo" al que se le puede decir que vuelva a casa y a quien, si rehusa, se lo puede asesinar por intruso.

El Sur tiene que probar todavía la profundidad de la herida que representa la desesperanza de la situación nortena. En el Sur hay aún aparentemente algo por lo que luchar. Queda todavía la cuestión de que el negro obtenga el poder de ejercer su derecho a votar. (He aquí una de las ambigüedades de la batalla: uno puede tener un "derecho" sin poseer poder alguno para ejercerlo.) En el Norte, es más probable que "poder" y "derecho" coexistan: pero en ambos casos resultan a menudo igualmente carentes de significado.

En particular, la opción se reduce a decidir entre un conservadorismo eclesiástico basado en el "status quo" social y político; o en un cristianismo más radical que, sin identificarse políticamente con la revolución, pueda existir y cumplir su cristiana función en una diáspora revolucionaria.

Dicho cristianismo debe estar completamente libre de una adhesión a cualquier forma social que por propia naturaleza se halle comprometida con la violencia, la guerra, la explotación y la opresión a fin de sobrevivir.

En la crisis racial, lo cristiano tiene que elegir ahora entre aquellos que desconfían del negro y exigen que sea mantenido en línea mediante la fuerza, o aquellos que todavía creen en el poder superior de la verdad y el amor, y que intentan luchar por la unidad, la comprensión, la amistad, el amor entre las razas, la integración en todos los niveles comenzando con lo material y lo social, y ascendiendo luego hacia lo espiritual.

En la crisis racial estadounidense, los principios cristianos no siempre son explícitamente invocados. En verdad, uno desearía que se apelara a ellos más a menudo, especialmente los católicos que tienen acceso a directivas muy claras, al menos en las encíclicas de Papas recientes. "Mater et Magistra" y "Pacem in Terris" han sido precisas y enérgicas en el tema de la injusticia racial y el prejuicio.

Raras veces se las ha citado. La jerarquía católica norteamericana ha condenado la intolerancia racial y la segregación mediante una declaración que, sin embargo, como muchas declaraciones no es siquiera oída o leída por la mayoría de los católicos. Ha habido cierta preocupación al respecto por parte de sacerdotes y laicos aquí y allá; pero esta cuestión de "Hermanos del Mundo" ha sido discutida más plenamente en otras comarcas.

4

El real problema cristiano de la crisis racial en los Estados Unidos, ha de hallarse no en las declaraciones oficiales de diversos grupos religiosos, sino en el comportamiento real y en el credo de esos que no sólo se autocalifican como cristia-

nos, sino que se consideran motivados por la fe cristiana y resisten con ardor la integración del negro a la vida americana.

Por supuesto, ello se encuentra primero que todo entre los racistas sureños que pertenecen a varias sectas protestantes. Este hecho debe ser enfrentado plenamente; los blancos que luchan por los derechos cívicos son frecuentemente cristianos, pero a menudo son simplemente liberales o radicales en el orden político y tienden a basar su acción en una ideología humanitaria y democrática, lo cual equivale a principios del liberalismo político. Entretanto, la acción contra los derechos cívicos, mientras que socialmente es conservadora, también apela a ciertas ideas fundamentalmente cristianas. La oposición racista a la integración a menudo luce orgullosa de sus antecedentes "cristianos". Parece increíble, pero es cierto no sólo en sectas proverbialmente fanáticas del área de la Biblia y poco instruidas, sino también en algunos católicos. Es cierto en todo tipo de cristianos, no sólo en el Sur sino, comenzamos a verlo ahora, en otros puntos del país igualmente.

Están por supuesto las bien conocidas referencias a ciertos textos, especialmente del Viejo Testamento, para probar que los negros son "esencialmente inferiores" y que "Dios quiere" que sean segregados y "mantenidos en sus lugares". Permitirles dejar su lugar —su "hogar", el "ghetto"— es hacerles algo perjudicial. Demostraría falta de caridad. Tal clase de argumentación con la que uno se topa hoy por todas partes en el Sur, está llena de una aparentemente sincera convicción de que el negro quiere estar separado, que quiere que lo dejen sólo en el autobús segregado esperando sitio, que quiere tener sus propios restaurantes, y que los "agitadores" que los incitan a "mezclarse" cometen un gratuito acto de crueldad y de ciega injusticia. "Mezclarse", calculan, no puede beneficiar a nadie, y a la larga producirá en el negro mayores sufrimientos e inadaptación. En consecuencia, inclusive en el terreno de la "caridad" y la "justicia" se sostiene que la segregación es realmente la senda más cristiana.

Examinar el razonamiento que arrastra toda esta argumentación sería fútil. Los argumentos sureños contra la integración están basados en presunciones históricas que se han convertido no sólo en axiomas sino en autos de fe. Y como tales, han venido por cierto a formar parte del credo

"cristiano" de muchos norteamericanos. Estos autos de fe son simplemente racionalizaciones de la "derechura" del conservadorismo y de su oposición a nuevos rumbos. Pero ambas cosas se combinan para formar una mística del racismo, el conservadorismo y el belicismo muy poderosa y verdaderamente fanática, que con extrema facilidad viste la armadura del cruzadista cristiano. Nos enfrentamos con un hecho social de gravísima importancia; con o sin apelar a la "razón", en los Estados Unidos hay cada vez más gente que está suficientemente perturbada por la cuestión racial como para asesinar y oprimir a otras gentes en nombre de la verdad, la libertad e incluso de Cristo.

Esto constituye un problema de seria magnitud para el cristianismo en todo lugar, especialmente cuando lo vinculamos con la violencia de ciertos católicos franceses contra los nordafricanos, o con la aceptación por parte de los católicos alemanes en bloque, de la escandalosa política genocida de Hitler y de su obviamente injusta guerra contra Polonia. ¡Y tenemos también el caso de la Angola "católica"!

Si los bautistas sureños de los Estados Unidos claman que es Dios quien desea que los negros permanezcan en una posición inferior "por el ordenada", no olvidemos que durante siglos los cristianos europeos han estado convencidos, y todavía lo están sin duda, de que los judíos pertenecen al "ghetto". Y el grito "Deus vult" resonó mientras los caballeros cristianos corrían no sólo para unirse a la batalla con los sarracenos sino también para saquear a Constantinopla. Pocos cristianos han tenido la perspicacia de un Louis Massignon para entender las reales dimensiones espirituales del problema de la relación de la Cristiandad con el Islam.

El destino del "capítulo judío" en el Segundo Concilio Vaticano no ha sido decidido, y hasta hay una obra teatral que ha cuestionado la actitud de la Iglesia hacia los judíos y la ha acusado de preferir en este asunto la conveniencia política antes que la verdad y la justicia! No nos corresponde a nosotros juzgar, pero como cristianos no podemos eludir las dolorosas preguntas que otros, sin nosotros, están formulando y respondiendo.

5

Quizá el siguiente relato de un hecho verdadero de alguna pauta so-

bre el problema cristiano en la crisis racial y social de los Estados Unidos.

Un día después del asesinato del presidente Kennedy, un católico de Los Angeles (no de Dallas) dijo a su esposa que iba a una misa por el descanso del presidente fallecido. Su mujer, que como él era miembro de un grupo de extrema derecha, dijo: "¿De qué sirve ir a una misa por Kennedy? ¡Si está en el infierno!" El marido, que aún conservaba cierta capacidad para el sentimiento humano y cristiano, y que todavía poseía un poco de sentido común, lamentó amargamente que él y su esposa hubieran aprendido a pensar de tal modo. Esta increíble condenación de una bien intencionada víctima de la violencia no es de manera alguna poco común. Forma parte de la violencia del Sur estadounidense —y de otros lugares de los Estados Unidos. Es parte de la "violencia cristiana" que, desafortunadamente, ha empezado a prevalecer mucho más que la no-violencia cristiana.

Políticos que fueron a hablar a ciudades de Texas, han sido zaheridos y amenazados triunfantemente con el fuego infernal por grupos de convencidos derechistas cristianos. Esto muestra claramente que un bastardo "ersatz" de fe cristiana ha entrado a participar de alguna manera en la crisis social y particularmente racial en los Estados Unidos. No es posible llamarlo "fe", y sin embargo es una especie de fe, un fanatismo y una mística que posee ciertas características definidas, una pseudo-religión política y social que exhibe también síntomas de paranoia masiva. La base de este "credo" no es meramente la idea de que una raza es superior a otra, o que un país es superior a otro. Es una especie de visión apocalíptica del mundo, que acciona obsesionada por la amenaza de un mal tan grande que sólo puede ser entendido en términos míticos y quasi-religiosos.

La mística del derechismo cristiano estadounidense —una mística de violencia, de amenazas apocalípticas, de odio y de juicio final— es tal vez sólo una manifestación más exagerada y más irracional de una actitud más bien universal común al cristiano en muchos países. O sea, la convicción de que el gran mal del mundo actual puede identificarse con el comunismo, y que ser cristiano es simplemente ser anti-comunista. El comunismo se vuelve entonces el anti-cristo. El comunismo pasa a ser la

fuerza de todos los problemas, de todos los conflictos. Todos los males del mundo pueden adjudicarse a las maquinaciones de los comunistas.

No hay duda de que el comunismo, particularmente el de tipo stalinista, ha sido culpable de grandes crímenes contra la Humanidad. También es bastante cierto que el totalitarismo asfixiante y el rígido dogmatismo político de los comunistas es a menudo tan fanático como la mística de violencia y opresión que sostienen los derechistas. Pero el apocalíptico miedo al comunismo que juega un gran rol en el cristianismo de algunos norteamericanos —y el de algunos europeos— se ha transformado en un miedo a la revolución y verdaderamente en un miedo a cualquier forma de cambio social que pueda alterar el "status quo".

El motivo por el cual la señora de Los Angeles creía que Kennedy estaba en el infierno era que ella, junto con otros de su filiación política, consideraba a Kennedy un "comunista" —porque de hecho él era un "progresista". Esto, también, resulta increíble. Sin embargo es un axioma evidente por sí mismo, sino un auto de fe, entre los derechistas cristianos de los Estados Unidos, que no hay término medio entre la extrema derecha y el comunismo. Hasta Eisenhower fue acusado, por miembros de la Sociedad John Birch, de estar corrompido por el comunismo.

Dicha "fe" está nutrida ciertamente por la absorbente sensación del "misterio de la iniquidad". Tal sentimiento quasi-religioso del mal y la condena, es impermeable a la verdad de los hechos. No importa lo que pueda decirse sobre los métodos o creencias evidentemente no-comunistas de éste o aquél personaje público; el derechista posee siempre "información de adentro" a la cual usted no tiene acceso. El sabe cómo cada sector del Gobierno, todas las instituciones educativas e incluso la Iglesia han sido "infiltradas". El sabe que los jueces de la Corte Suprema son agentes de Moscú! Y aunque usted sea un sacerdote, si sostiene ideas progresistas se vuelve, si no un comunista, entonces por lo menos "un idiota útil de los agentes rojos".

Este tipo de razonamiento no sería nada más que un buen chiste, si aquellos que sostienen tales ideas no tuvieran a su disposición un poder tan inmenso.

Esta mentalidad que he resumido como de "violencia cristiana" se hace más y más irracional a medida que se ajusta a la mitología provincial y al puritanismo del Sur y el Oeste norteamericanos. Ello implica una combinación de la absoluta convicción de la propia rectitud e integridad con la capacidad de aprobar el uso de cualquier medio, sea violento, sea extremo, a fin de defender lo que uno siente, subjetivamente, como justo. El senador Goldwater ha salido ya con la clara afirmación de que el extremismo en defensa de la propia mitología particular "no es un vicio" —en otras palabras: el fin justifica los medios. Tal es el axioma del totalismo. Pues el totalismo no admite distinciones ni significados parciales. "Nuestro lado" tiene razón totalmente, cualquier otro está diabólicamente pervertido. Cualquier vacilación en oponerse y destruir al diablo es, por supuesto, un compromiso con el mismo Infierno!

Naturalmente, este sintético y arrollador "coraje" está compuesto por muchas dudas inconscientes y por temores reprimidos. No todos los temores son reprimibles. Pero toman una forma más o menos simbólica. No cabe duda que los racistas sureños admiten de buena gana cierto temor al negro. El miedo es parte de su mística y explica por cierto una gran porción de su poder emocional.

Se trata de la quasi-mística obsesión sobre el negro demonio que acecha entre los arbustos para violar a las virginales hijas blancas del Viejo Sur.

Lo que sigue no es una invención. Estas palabras son citas de un texto de un senador sureño, Tillman, de Carolina del Sur quien, en 1907, justificó el linchamiento ante el Senado de los Estados Unidos.

Tras invitar a un senador norteamericano a imaginar a su hija viajando sola de noche por un camino sureño, expresa:

"Un oculto demonio que ha esperado esta oportunidad la atrapa, etc... La joven, así mancillada y brutalizada, se arrastra hasta su padre y le cuenta lo sucedido. ¿Hay aquí algún hombre con sangre roja en sus venas que ignore los impulsos sentidos por

el padre? ¿Acaso debe extrañar que toda la campaña se alce como un solo hombre, con el rostro severo, para buscar al bruto que ha forjado tal infamia? ¿Y acaso tal criatura, porque tiene el semblante de un hombre, puede apelar a la Ley? ¿Podrían los hombres de sangre fría pararse y exigir para él el derecho a un limpio proceso y ser castigado según el curso regular de la justicia? En lo que a mí respecta, él se ha puesto a sí mismo fuera de la esfera de la Ley, humana o divina. Ha pecado contra el Espíritu Santo..." (Citado en la obra documental "In White America" —En la América Blanca— por Martin Duberman, Cambridge, Mass. 1964, pág. 51).

La verdad literal eclipsa aquí toda caricatura, y nos da una pista de la mentalidad y la mística de la "violencia cristiana" que ha venido tomando cuerpo aquí y allá por todos los Estados Unidos, no sólo entre sectas fanáticas y no sólo en el Sur.

La intensidad de esa emoción y el miedo sacro y obsesivo, alzándose desde niveles subliminales y llegando a la conciencia con la pánica convicción del peligro espiritual, juzga todo lo que parece amenazador y lo llama diabólico. Pero todo luce amenazador, y por lo tanto la más inocente de las oposiciones o las más leves opiniones de disensión, desencadenan las más violentas, extremas y crueles represiones. En la actualidad, la pseudo-mística sureña de obsesiones sexuales y raciales (y por supuesto que han habido violaciones y seducciones, de blancas por negros, como muchas más de negras por blancos) aparece ahora ligada al más hondo y universal miedo a la revolución. Esta combinación produce un clima peculiarmente potente de intolerancia agresiva, sospecha, odio y miedo. Cuando consideramos que esta fe auto-justificadora y pseudo-religiosa tiene su dedo terriblemente cerca del botón que dispara los cohetes intercontinentales, eso nos da abundante materia prima para la meditación.

7

El negro estadounidense tiene bastante conciencia de estas obsesiones que a él se refieren. Nota mejor que el benevolente liberal blanco hasta qué punto estos temores subliminales existen en todos los estadouni-

denses blancos. Las tensiones creadas por esta peligrosa situación han de crecer a medida que el negro, conscientemente o de otro modo, renuncie a sus aspiraciones esperanzadas y amistosas y comience a probar su capacidad para sacudir los basamentos de la sociedad blanca mediante la influencia del citado temor. Personalmente, no creo que la mayor parte de los negros, inclusive ahora, enfoquen una verdadera revolución social. Ciertamente no hay un programa revolucionario bien planeado y de carácter nacional. Más bien ocurre que el negro está respondiendo a las obsesiones, la culpa y la confusión del blanco que estimula su temor y su violencia, para responder así con violencia. De tal modo, al final, los terrores obsesivos rumiados por los blancos se están resolviendo hacia una profecía auto-realizable. El negro se rebelará no porque particularmente lo desea, sino porque se espera que lo haga y porque este fardo de expectación expresada a medias es para él una carga demasiado grande. Así, aunque todavía hay millones de negros que sólo desean olvidar al blanco y vivir con él en paz pasándola junto a él lo mejor posible, el miedo y la culpa del blanco no le permitirán que lo haga.

Ciertamente, la acción cristiana no-violenta continuará, debe continuar. Pero probablemente ya no en un rol principal en el dictado de la política del movimiento por los derechos cívicos, excepto en áreas limitadas. La batalla es demasiado grande como para que los líderes no-violentos puedan controlarla.

Los Estados Unidos están probablemente entrando en un período de abierta y esporádica guerrilla civil entre grupos raciales y regionales.

Esta violencia más bien general y sin objeto, pero por demás amarga, va a tener serios efectos. Primero que todo, confirmará los temores y vacilaciones de la mayoría de los blancos, inclusive aquellos que han alentado una benevolencia teórica y una buena voluntad paternal hacia el negro. Ello significará una severa y sistemática represión policial del negro, lo cual fortalecerá a los movimientos extremistas de los Musulmanes Negros y los Nacionalistas Negros. También creará una atmósfera favorable para la infiltración del comunismo, tal vez del tipo castro-trista y maoísta, en el movimiento negro de los derechos civiles que

hasta ahora ha estado completamente libre de comunismo. Ello desacreditará a los líderes cristianos que han basado sus tácticas no-violentas en una apelación al amor y a una confianza ghandiana en la "buena naturaleza" del blanco. Los negros ya han tenido suficientes razones para pensar que la "buena naturaleza" del blanco es puro mito. A cualquier costo, el dogma básico de fe para el extremista negro es ahora la total e irreversible corrupción y maldad del blanco. Esto quizá quiera decir que el "kairos" en el sentido cristiano ha pasado. Es posible que el "momento favorable" y quizá la "última oportunidad" se produjo en 1963. El fracaso no fue precisamente de los cristianos como cristianos. Pero el Gobierno y los ciudadanos de Estados Unidos estuvieron demasiado inertes, demasiado lentos, confundidos y complacientes como para sacar ventaja de ella. Jerusalem no conoció aquellas cosas que eran para su paz. ¿Y ahora?...

Y ahora es posible que el país esté más seriamente amenazado que nunca antes en su historia.

Tal vez sea una exageración, una falsificación de la perspectiva, llamar a esta trágica situación una consecuencia del fracaso cristiano. Para comenzar, la aproximación al problema nunca ha sido inambiguamente cristiana. El cristianismo ha sido invocado por ambos lados, y como hemos visto, las motivaciones cristianas han llevado a heroicas expresiones del movimiento no-violento. Lo más importante es la progresiva falsificación y distorsión del "ethos" cristiano por parte de los conservadores y los racistas como resultado de la crisis racial. En esto hay una lección para los cristianos de todas partes.

Si hay ahora un muy activo fermento de cristianismo apocalíptico, obsesivo y conservador en los Estados Unidos, un cristianismo que abiertamente incita al "extremismo" como si fuera un bien positivo, y que más y más abiertamente se funda en una mística de la fuerza que no es otra cosa que un credo de "el poder hace al justo", eso se debe en gran parte al hecho de que los auténticos principios cristianos han comenzado a resquebrajarse en la

crisis de la nación. En algunos sectores, ha sido reemplazado por un pseudo-cristianismo que es poco menos que una idolatría de clase, nación y raza. Esa es una reversión del tribalismo, mucho más completa, pues hoy ninguno parece tener plena conciencia del peligro de la idolatría como un pecado fundamental contra Dios y también contra el hombre. Resulta innecesario decir que si esta acusación de superstición tribalista es puesta al nivel de los grupos blancos religiosos y políticos, es igualmente aplicable a los negros. Ahora que el liderazgo parece haber sido arrebatado, en cierta medida, de las manos de negros que han logrado mucho de bueno para su gente, hay evidencia de que la resistencia negra se dividirá y volverá caótica. Hasta la fracción extremista, los Musulmanes Negros, que el año pasado lucía como una disciplinada unidad, se ha dividido ahora en dos grupos facciosos agriamente opuestos entre sí.

Uno de los caracteres más perturbadores de la lucha que se avecina, es la posibilidad de que sea completamente desordenada, desorientada, anárquica y sin objeto. Será una pura violencia irracional y completamente inútil en la que los principales damnificados serán los inocentes y los indefensos. Pero si hay un clima de idolatría entre los negros, la culpa es mayormente de los blancos fanáticos que han utilizado los medios de comunicación masiva para diseminar ese tipo de pensamiento por todos los Estados Unidos — a menudo en nombre del cristianismo!

El criterio del pensamiento "idolátrata" es su supersticiosa confianza en la eficacia mágica de las palabras, los conceptos, las ideologías y las místicas. Hemos visto que en la crisis racial, la argumentación no es un proceso racional de pensamientos, sino un encantamiento tribal de fórmulas mágicas y simbólicas que dibujan su poder a partir de asociaciones inconscientes, y que son alimentadas por corrientes profundas de sexualidad y terror primitivas.

Cuando tal "pensar" prevalece, el propio concepto de Dios tiende a volverse idolátrata, así también como el de Iglesia, Cruz, sacramentos y todo lo que forma el credo del cristiano.

Karl Rahner ha dicho acertadamente que hoy el riesgo de herejía no proviene de aquellos cuyas fórmulas doctrinales son falsas, sino de aquellos que aferrándose a una impecable

formulación de la verdad del dogma, viven de tal modo que la verdad es contradicha, minimizada y por cierto convertida en algo escandaloso a través de ese modo de vida. Esto no es, ahora, el viejo problema del fracaso ascético. El "derechista" cristiano puede, ciertamente, tener algo de asceta. Es sin duda un porfiador de la disciplina y el orden porque ello le permite dar rienda suelta a sus instintos agresivos y organizar la represión violenta de lo que considera malo.

El principal escándalo de esta especie de cristianismo perverso es precisamente su carácter idolátrata, dado que su Dios es un dios falso, un ídolo, un tótem tribal erigido como símbolo y vindicación de ciertos intereses, necesidades y ventajas restringidas al ámbito de la tribu. El dios del racista sureño tiene, como primera función, la preservación de la privilegiada posición del blanco en el Sur. De allí la justiciera indignación de los sureños cuando pastores y sacerdotes hablaban (en ocasiones más bien raras) en favor de los derechos cívicos. Ello fue considerado casi como apostasía: "¿Por qué agitan todo este problema con los negros cuando tendrían que estar predicando sobre Jesús?"

La idolatría es un pecado contra Dios que abre el camino a pecados contra el hombre cometidos en nombre de Dios. Cuando Cristo vino como manifestación única del Padre ("Nadie llega al Padre si no es por mí." — "Quien me ve, ve también al Padre." — "Lo que hayas hecho al último de éstos, me lo has hecho a mí.") hizo imposible que el cristiano alzara en el cielo un ídolo en cuyo nombre podía matar y oprimir a su semejante en la tierra. Hacerle una injusticia al semejante, según el Evangelio, es hacerle mal y violencia al Dios que en él mora. "Mas si que tuviere bienes de este mundo, y viere a su hermano tener necesidad, y le cerrare sus entrañas, ¿cómo está el amor de Dios en él?" (I Juan 3:17) "Ninguno vio jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios está en nosotros, y su amor es perfecto en nosotros" (id. 4:12).

La obra de la maldad consiste en colocar ídolos en el lugar de Dios de modo que el hombre pueda hacer daño a su semejante en nombre de ese ídolo. Así, la imagen de Dios que es Su unidad en el hombre, resulta destruida y el ídolo reina en el sitio de Dios como Su caricatura. Esto es

cierto no sólo en los Molochs y Baals del mundo antiguo; es todavía más cierto en los racismos, los nacionalismos y las variadas formas del me-sianismo totalista que representan las idolatrías de nuestro tiempo, entre todas las razas y en cada continente.

La tragedia de nuestro tiempo consiste entonces en que el cristianismo es tentado para entrar al servicio de estos ídolos, y sucumbe a menudo a las tentaciones de las que hemos sido prevenidos en el Evangelio (ver Mateo 4:8-10).

Tal vez no seamos capaces de resolver los problemas de nuestra perturbada era. En verdad, haremos

bastante si podemos empezar a comprender su naturaleza y su magnitud.

Una vez que hayamos hecho esto, nos daremos cuenta de que nuestra primera obligación como cristianos es resistir esta incorporación del cristiano a un sistema de superstición idólatra y tribalista, incluso aunque parezca apelar a los más elevados ideales cristianos. La piedra de toque no está en las palabras y las fórmulas que estos ídolos puedan invocar, sino en el respeto o el menosprecio del hombre. Hoy tenemos que reconocer que aquél que sincera y humildemente respeta y ama al hombre, aquél que busca la unidad y la paz humana, el bienestar común universal del hombre (*Pacem in Terris*) está (aunque sólo sea inconscientemente) amando y buscando a Dios.

Aquél que malquiere al hombre, que lo desprecia, que apela a la violencia y a la guerra para destruir a su semejante, aunque parezca que lo hace en nombre de Dios y de Cristo, en nombre de la libertad y la verdad, en nombre de los más altos ideales, ese permanece sospechoso de idolatría.

"Empero sabemos que el Hijo de Dios es venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es su verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo.

Este es el verdadero Dios, y la vida eterna. Hijitos, guardaos de los ídolos. Amén".

(I Juan 5:20-21.)

SANTIAGO O. PAMPILLON

1941-1966

CeD

Hay días que duelen, hay noches que arden silenciosa e invisiblemente por las calles de una ciudad, hay sueños que se hacen carne entre los aullidos de la jauría. Hay gritos que laten caudalosamente aunque los "buenos ciudadanos" bloqueen sus sentidos con el olor a pólvora que los proyecta de cabeza al miedo. Hay seres que conocen el rostro del verdugo. Hay rabia, hay altas hogueras anunciando la aurora indeformable de los asesinados impunemente entre el coro de las mentiras, los susurros de los cómplices y el regocijo de los bárbaros.

No somos nosotros quienes desencadenamos el terror.

No somos nosotros quienes anhelamos el reino de las fieras.

No somos nosotros quienes vendemos el alma porque manda la voz del amo.

Porque su sueño se llamaba patria, lo clavaron a mansalva.

Porque su vida se llamaba lucha, lo corrieron como a un reptil.

Porque su sangre se llamaba joven, lo pararon en seco, pero no en vano.

Hay arroyos que fluyen hacia el río, así como hay bosques que crecen y aves que cantan.

No deja el mundo de girar porque se muere un niño, no deja de salir el sol porque se hunden los cerros, no deja de nacer la flor aunque revienten los muros. Dice alguien que se puso delante de la bala para poder llamar criminal a un buen señor. Hay manos unidas, hay hombros juntos, hay más memoria que antes. Nosotros tenemos un corazón como un gigantesco fusil apuntado hacia la muerte.

M.G.

Testimonios

MENSAJE DEL PADRE CAMILO TORRES

Colombianos:

Durante muchos años los pobres de nuestra patria han esperado la voz de combate para lanzarse a la lucha final contra la oligarquía.

En aquellos momentos en los que la desesperación del pueblo ha llegado al extremo, la clase dirigente siempre ha encontrado una forma de engañar al pueblo, distraerlo, apaciguando con nuevas fórmulas que siempre paran en lo mismo: el sufrimiento para el pueblo y el bienestar para la casta privilegiada.

Cuando el pueblo pedía un jefe y lo encontró en Jorge Eliécer Gaitán, la oligarquía lo mató. Cuando el pueblo pedía paz, la oligarquía sembró el país de violencia. Cuando el pueblo ya no resistía más violencia y organizó las guerrillas para tomarse el poder, la oligarquía inventó el golpe militar para que las guerrillas, engañadas, se entregaran. Cuando el pueblo pedía democracia, se le volvió a engañar con un plebiscito y un Frente Nacional que le imponía la dictadura de la oligarquía.

Ahora el pueblo ya no creará nunca más. El pueblo no cree en las elecciones. El pueblo sabe que las vías legales están agotadas. El pueblo sabe que no queda sino la vía armada. El pueblo está desesperado y resuelto a jugarse la vida para que la próxima generación de colombianos no sea de esclavos. Para que los hijos de los que ahora quieren dar su vida, tengan educación, techo, comida, vestido y sobre todo DIGNIDAD. Para que los futuros colombianos puedan tener una patria propia, independiente del poderío norteamericano.

Todo revolucionario sincero tiene que reconocer la vía armada como la única que queda. Sin embargo, el pueblo espera que los jefes con su ejemplo y con su presencia den la voz de combate.

Yo quiero decirle al pueblo colombiano que este es el momento. Que no le he traicionado. Que he recorrido las plazas de los pueblos y ciudades caminando por la unidad y la organización de la clase popular para la toma del poder. Que he pedido que nos entreguemos por estos objetivos hasta la muerte.

Ya está todo preparado. La oligarquía quiere organizar otra comedia en las elecciones; con candidatos que renuncian y vuelven a aceptar; con comités bipartidistas; con movimiento de renovación a base de ideas y de personas que no sólo son viejas sino que han traicionado al pueblo. ¿Qué más esperamos, colombianos?

Yo me he incorporado a la lucha armada. Desde las montañas colombianas pienso seguir en la lucha con las armas en la mano, hasta conquistar el poder para el pueblo. Me he incorporado al Ejército de Liberación Nacional porque en él encontré los mismos ideales del Frente Unido. Encontré el deseo y la realización de una unidad por la base, de base campesina, sin diferencias

religiosas ni de partidos tradicionales. Sin ningún ánimo de combatir a los elementos revolucionarios de cualquier sector, movimiento o partido. Sin caudillismos. Que busca liberar al pueblo de la explotación de las oligarquías y del imperialismo. Que no depondrá las armas mientras el poder no esté totalmente en manos del pueblo. Que en sus objetivos acepta la plataforma del Frente Unido.

Todos los colombianos patriotas debemos ponernos en pie de guerra. Poco a poco irán surgiendo jefes guerrilleros experimentados en todos los rincones del país. Mientras tanto debemos estar alertas. Debemos recoger armas, municiones. Buscar entrenamiento guerrillero. Conversar con los más íntimos. Reunir ropas, drogas y provisiones, y prepararnos para una lucha prolongada.

Hagamos pequeños trabajos contra el enemigo en los que la victoria sea segura. Probemos a los que se dicen revolucionarios. Descartemos a los traidores. No dejemos de actuar pero no nos impacientemos. En una guerra prolongada todos deberán actuar en algún momento. Lo que importa es que en ese preciso momento la revolución los encuentre listos y prevenidos. No se necesita que todos hagamos todo. Debemos repartir el trabajo. Los militantes del Frente Unido deben estar a la vanguardia de la iniciativa y de la acción. Tengamos paciencia en la espera y confianza en la victoria final.

La lucha del pueblo se debe volver una lucha nacional. Ya hemos comenzado porque la jornada es larga.

Colombianos: No dejemos de responder al llamado del pueblo y de la revolución.

Militantes del Frente Unido: Hagamos una realidad nuestras consignas:

¡Por la unidad de la clase popular hasta la muerte!
¡Por la organización de la clase popular hasta la muerte!

¡Por la toma del poder para la clase popular hasta la muerte! Hasta la muerte porque estamos decididos a ir hasta el final. Hasta la victoria porque un pueblo que se entrega hasta la muerte siempre logra su victoria.

Hasta la victoria final con las consignas del Ejército de Liberación Nacional:

¡NI UN PASO ATRAS!

¡LIBERACION O MUERTE!

CAMILO TORRES RESTREPO

Por el Ejército de Liberación Nacional:
Fabio Vásquez Castaño.
Victor Medina Morón.

Desde las montañas, Enero de 1966.

por la presión diplomática¹⁰. Cualquiera brote revolucionario es ahogado inmediatamente bajo pretexto de infiltración comunista. Entra muy en lo posible que de este modo se esté haciendo el juego dialéctico a aquellos que se quiere combatir. Cuanto más fuerte sea la opresión, tanto más profunda será la reacción. Así piensan, al menos, los grandes contendientes entre bastidores. El autor de la Alianza para el Progreso comprendió, en un momento feliz y con excepcional clarividencia, que debía dejarse a AL hacer su propia revolución. Desde su infausta muerte, las oportunidades para una revolución pacífica han empeorado sensiblemente. Por esto hay necesidad de alertar la conciencia mundial frente a la fragilidad de la situación. Más adelante, solamente a través de la revolución y rumbo al desarrollo, se puede llegar a la fase de cooperación planetaria.

Lo que se pide a los países desarrollados es, sin duda, sumamente difícil y delicado. Se pide una confianza casi sobrehumana en las fuerzas constructivas todavía latentes en los países pobres, tan vulnerables aún. Se pide una paciencia casi heroica frente a la proverbial corrupción política existente en AL y frente a tantos otros yerros de tan difícil corrección. Se pide un desprendimiento y una generosidad tan contrarias al egoísmo natural del hombre que sólo podrán brotar de un profundo amor al hombre como tal, a todos los que son de nuestra estirpe. ¿Será esto posible sin una conversión del corazón? Y esta conversión, esta revolución del hombre, ¿no llevaría necesariamente a una especie de nueva revolución social en los propios países desarrollados?

El soplo revolucionario que tomó impulso en 1775, después de haber recorrido tres veces los continentes, está queriendo volver a su origen, donde, al decir de Toynbee, un país archirrevolucionario se transformó en archiconservador¹¹. Ha llegado la hora de que todos comprendamos las señales de los tiempos y cumplamos nuestra misión histórica en la construcción de un nuevo mundo más humano.

C. JAIME SNOEK

¹⁰ L. J. Lebrét, *Salida ou saída de l'Occident*, París 1958; Idem, *O drama do século XX*, São Paulo 1962 (*Le drama du siècle*).

¹¹ R. Coste, *Morale internationale* (Bibliothèque de Théologie, Théologie morale — Serie II, Vol. 10), París 1964, 465.

¹² A. Toynbee, *A América e a revolução mundial*, Rio de Janeiro 1963, 17 (*America and the World Revolution*, 1962). J. Comblin, *Nação e Nacionalismo*, São Paulo 1965, 154 ss; *Situação social de América Latina* (Centro Latino Americano de Pesquisas em Ciências Sociais), Rio de Janeiro 1965; *Revolução em América Latina*, "Mensaje" n 115 (1963); *Reformas revolucionárias em América Latina*, "Mensaje" n 123 (1963); C. Furtado, *A pré-revolução brasileira*, Rio de Janeiro 1962; C. Mendes de Almeida, *Nacionalismo e desenvolvimento*, Rio de Janeiro 1963; F. Houtart, *Serviço social y Transformación Social en América Latina*, "Service social dans le Monde" 21 (1962), 122-129.

¹³ Cf. nota 3.

¹⁴ Entre otros: C. J. Pinto de Oliveira, *Evangelho e revolução social*, São Paulo 1962; L. Dewart, *Christianity and Revolution: the lesson of Cuba*, Nueva York 1963; F. Houtart-E. Pin, *L'Eglise à l'heure de l'Amérique Latine* (Eglise Vivante), Tournai 1965, 94 ss; P. E. Charbonneau, *Cristianismo, Sociedade e Revolução*, São Paulo 1965.

¹⁵ B. de Margerie, *Pode o Católico de 1963 dizer-se Não-capitalista, Revolucionário ou Socialista?* "Rev. Ecl. Bras." 23 (1963), 687 ss; G. Jaslot, *Riforme o rivoluzione nell'America Latina*, "Civ. Catt." 115 (1964-2), 358.

¹⁶ Glosario. "Mensaje" n 115 (1963), 13; J. Comblin, *Nação e Nacionalismo*, São Paulo 1965, 150; F. Houtart, *Sur le concept de révolution*, "Espirit" 33 (1965) n 340, 45-52; R. Coste, *Morale Internationale*, 409; Charbonneau, op. cit., 70; R. Arias Calderón, *La universidad en la revolución latinoamericana*, "Presente" n 3 (1965), 20-35; P. González Loyola, *La revolución: Une chose concrete et positive*, "Labor" 38 (1965), 131-137.

¹⁷ J. Comblin, *Théologie de la paix II*, París 1963, 114 ss.

¹⁸ Citado por Comblin, op. cit., I, 84.

¹⁹ Pionero entre los católicos fue Mounier. De los protestantes mencionaremos a P. Lehmann y R. Shaull.

²⁰ H. de Lima Vaz, *Cristianismo e consciência histórica*, São Paulo 1963.

²¹ K. Rahner, *L'Avenir chrétien de l'homme*, "Inform. Cath. Intern." 242 (1965), 3 ss; Idem, *A caminho do "homem novo"* (Iglesia hoy 7), Petrópolis 1964 [*Unterwegs zum "neuen Menschen"*], "Wort und Wahrheit" (1961), 807 ss; F. Houtart, *L'Eglise et le monde* (L'Eglise aux cent visages 12), París 1964, 87 ss; P. Lehmann, *Ethics in a Christian Context*, Nueva York 1963.

²² K. Rahner, art. *Anthropologie, Lex. Theol. und Kirche I* (1957), 618-627.

²³ P. Bigo, *Cristianismo y revolución en la época contemporánea*, "Mensaje" n 115, 21.

²⁴ J. Comblin, *Théologie de la paix I*, París 1960, 95-142.

²⁵ Ibid., 73.

²⁶ Ver: Houtart-Pin, *L'Eglise à l'heure de l'Amérique Latine*, 198-223; M. Zañartu, *Religión y desarrollo*, "Mensaje" n 123, 465 ss; J. Meert, *A Igreja face à Revolução Social no Terceiro Mundo*, "Rev. Conf. Relig. Brasil" 11 (1965), 483 ss.

²⁷ D. Helder Câmara, *Evangelização e Humanização num mundo em desenvolvimento*, "Rev. Ecl. Brasil" 25 (1965), 269.

²⁸ Ver la impresionante exposición de un líder sindical colombiano en una carta al Papa, en la revista "Vozes" 59 (1965), 698 ss.

²⁹ R. Delavignette, *Christianisme et Colonialisme*, París 1960, 55.

³⁰ Especial relieve merece la pastoral colectiva del episcopado chileno de 1962 y el mensaje de la Comisión Central del Episcopado de Brasil de 1963. Para estos y otros documentos, ver Houtart-Pin, op. cit. supra nota 7, 211 ss.

³¹ Ibid., 223. Ya en 1953 el Rvdo. R. Shaull publicó *O Cristianismo e a Revolução Social* (São Paulo). El Consejo Mundial de las Iglesias organizó, en los últimos años, dos seminarios sobre Cristianismo y revolución social en la AL.

³² L. J. Lebrét, *Pour une éthique du développement*, "Economie et Humanisme" 22 (1963), 10.

³³ Idem, *Manifesto por uma civilização solidária*, São Paulo 1961 (*Manifesto pour une civilisation solidaire*, 1959); J. V. Calvez, *El cristiano frente al desarrollo*, "Mensaje" n 115, 128 ss; R. Coste, *Morale Internationale*, 526.

³⁴ "Mensaje" n 123, Cf. L. J. Lebrét, *Dynamique concrète du développement*, París 1961; G. Myrdal, *Planifier pour développer*, París 1960 (*Beyond the Welfare State*, 1960).

³⁵ R. Venegas, *Organizaciones de base y cuerpos intermedios*, "Mensaje" n 123, 627 ss.

³⁶ R. Coste, *Pacifismo y legítima defensa*, "Concilium" (Madrid) 5 (1965), 88 ss; F. Lepargneur, *Introdução a uma Teologia da Não-Violência evangélica*, "Rev. Ecl. Brasil" 25 (1965), 220-243.

³⁷ Pio XII citado en "Mensaje" n 115, 91; *Pacem in Terris* n 161.

³⁸ Ver: J. Aldunat, *El deber moral ante la situación revolucionaria*, "Mensaje" n 115, 87 ss; G. Claps, *El cristiano frente a la revolución violenta*, ibid., 138 ss; W. Schöllgen, *Aktuelle Moralprobleme*, Düsseldorf 1955, 240 ss; A. de Soras, art. *Insurrección*, "Catholicisme Hier Aujourd'hui Demain" 22 (1962), 1815 ss.

³⁹ H. Thielicke, *Theologische Ethik II*, segunda parte, Tubinga 1958, 425 ss.

⁴⁰ R. Coste, op. cit., 399-420.

⁴¹ J. Terra, *El desafío marxista*, "Mensaje" n 115, 146 ss.

⁴² Cf. la declaración de la Comisión Central del Episcopado de Brasil, citado en Houtart-Pin, op. cit. 213.

⁴³ R. Veekmans, *Análisis psico-social de la situación pre-revolucionaria de América Latina*, "Mensaje" n 115, 71-73.

⁴⁴ Ibid., 73.

⁴⁵ R. Coste, op. cit., 525.

⁴⁶ F. Perroux, *De l'avarice des nations à une économie du genre humain*, en *Richesse et Misère*, 39e. semaine sociale de France, 1952, 195 ss; *La socialisation du tiers monde*, "Economie et Humanisme" n 162 (1965), 46 ss; M. Marqués Moreira, *Comércio, ajuda e desenvolvimento*, "Síntese Política Económica Social" 6 (1964), 18-37; J. L. Lebrét, *Solidarité internationale et richesses mondiales*, "Economie et Humanisme" 21 (1962), 98 ss.

⁴⁷ "Chronique Sociale de France" 72 (1964), 210 ss.

⁴⁸ Un periódico en multicopista, SOCI (*Serviço de Prensa Obrero Campesino Internacional*), editado en Chile, trajo algún hecho de esta naturaleza, y casi en cada número relata hechos de persecución sindical.

⁴⁹ A. Toynbee, *A América e a Revolução Mundial*, 18-20.

ONGANIA: UN TESTIGO

Nos toca incorporarnos a esta lucha como cristianos hambrientos y sedientos de justicia en el momento nacional en que aparece también entre nosotros el signo de la Revolución. No de la revolución oficial decidida por los comandantes militares. No de la revolución cuyo jefe es designado por decreto en la persona del T.G. Onganía. No de la revolución antinacional con su política de "fronteras ideológicas" y "fuerzas de policía interamericana"; antipopular en su línea económica liberal y empresaria; y antirevolucionaria por la carencia absoluta de ideología y planificación para el cambio real y profundo de las estructuras.

Onganía no es por supuesto el "caudillo" que el pueblo esperaba y presentía. Onganía es el testigo que el régimen engendró y que viene a dar testimonio de su muerte. Viene a dar testimonio de su última carta, de su propio fin. Y porque es el último testigo, Onganía es el enterrador de todo lo que estaba vencido, caduco, terminado. Por eso se acabaron los partidos políticos, el parlamentarismo, la negociación electoral. Además de dar testimonio, Onganía ilumina todo lo que en la Nación ya no tenía sentido ni vigencia ni autenticidad: las conducciones políticas y gremiales que venían traicionando al pueblo en nombre de un liderazgo y de una estrategia que cada día se alejaba más de la toma del poder y de la Revolución.

Con mucha aparatosidad y mesianismo el golpe militar se llama a sí mismo "revolucionario". Más exacto sería llamarse "pre-revolucionario", porque sin duda su cometido será, con toda precisión y ejecutividad, allanar los caminos hacia la verdadera Revolución. Onganía y sus mini-equipos así como son cristianamente "pre-conciliares", son políticamente "pre-revolucionarios". Esa es su "pre-histórica" dimensión y tarea.

El golpe militar, a pesar de sus funcionarios beatos y su manifiesta vocación clerical, tiene ya su primera víctima en el estudiante asesinado. Los "cursillistas" deberán incorporar ahora a sus meditaciones este tópico de la muerte violenta y absurda para consolidar el "orden", la "jerarquía", el "sentido de autoridad". El golpe ha comenzado a usar su única razón: la fuerza. Su vocero oficial en Córdoba ya lamenta las "víctimas que vendrán". Seguramente los defensores de esta dictadura ensayarán ahora la tesis del "consentimiento popular" frente a la represión, a la violencia y la muerte. Los muertos no solamente no consienten, sino que señalan la protesta, la rebeldía y la lucha.

Felizmente la Iglesia y el Cristianismo de 1966 no son lo mismo que en 1945 y 1955. El Concilio, Juan XXIII y los Signos de los Tiempos no han pasado en vano. Por eso el gobierno militar se equivocó cuando creyó que ciertas presencias, apoyos, influencias y personas eran "toda la Iglesia" o "la Iglesia" simplemente. Creyeron que la verticalidad de los mandos militares equivalía directamente a la verticalidad de la Jerarquía: no conocen la madurez del Clero, ni la libertad del Laicado, ni la renovación de la Doctrina, ni el compromiso y la lucha del Cristianismo encarnado en las exigencias revolucionarias que nos toca vivir. Ahora va a repetirse entre nosotros el esquema del Brasil, donde la dictadura de Castelo Branco enfrenta y persigue a los Obispos y los cristianos comprometidos con la lucha del pueblo por su pan y libertad. Helder Câmara, el valiente Arzobispo del Nordeste, marca el rumbo al Episcopado Argentino y a Latinoamérica en este tiempo de definiciones y testimonios.

TIEMPO DE AVANZAR

¿Qué sentido tiene para los cristianos su compromiso con la auténtica Revolución? Los artículos que publicamos en este número responden claramente este interrogante. Todos provienen deliberadamente del campo cristiano. Cada uno aporta la particularidad de sus enfoques, de sus circunstancias, de las personas que los escriben o que, como en el caso del Padre Camilo, lo firman con su propia sangre.

Esto es lo que pretendemos reflejar: el sentido, la urgencia, las formas y los momentos del compromiso de los cristianos en la Revolución.

En definitiva, para todos los revolucionarios, la opción del Último Día del Evangelio se nos presenta cada jornada como el imperativo fundamental, porque, sencillamente, la Revolución que estamos necesitando es la única capaz de dar de comer a los hambrientos, de dar casas a los que no tienen techo, de dar salud a los que están enfermos, de dar dignidad a los despojados, de liberar a los explotados, de incorporar a los sumergidos, de estabilizar a los que viven del miedo, de hacer felices a los que lloran, de dar la tierra a los mansos, de recrear la fe en la vida y en los hombres, de realizar el mandamiento fraternal por la solidaridad entre los pueblos.

Esta Revolución, aunque a veces necesariamente violenta por la dureza del corazón, no es desesperada: es la única manera de rescatar para la Humanidad la Esperanza y el Amor.

Ya estamos en camino.

JUAN GARCÍA ELORRIO

CRISTIANISMO

Y REVOLUCION aporta en esta entrega:

- ★ Nota editorial señalando la necesidad de ubicación consciente y comprometida en el proceso revolucionario que nos toca vivir. La reflexión se detiene principalmente en el panorama de Latinoamérica y el Tercer Mundo y en la actualidad política de nuestro país. La Dirección asume desde el vamos la responsabilidad de ir presentando los Signos de Nuestro Tiempo para interpretarlos y fijar a partir de ellos las actitudes y la conducta del compromiso cristiano y revolucionario (pág. 2).

- ★ Una documentación sobre la situación de la Iglesia Católica en el Brasil; la carta del PADRE ALIPIO y el documento clave de Monseñor HELDER CAMARA acerca de la explosiva situación social del Nordeste y la responsabilidad del clero y del laicado en el momento brasilero conflictuado por el enfrentamiento de la Iglesia progresista con los militares reaccionarios (pág. 3 a 6).

- ★ Del número 15 de la Revista Internacional de Teología CONCILIUM reproducimos textualmente el trabajo del teólogo C. J. SNOEK acerca de la acción revolucionaria en el Tercer Mundo. El valioso material de CONCILIUM no se difunde desgraciadamente en la medida de su importancia y de su necesidad, especialmente para los sectores militantes e interesados directamente en esta temática. La "Nueva Teología", elaborada a partir del Vaticano II, aporta al pensamiento cristiano el interés de un punto de vista renovador compartido día a día por una creciente y definitiva Iglesia del Concilio (pág. 7).

- ★ Artículo inédito del monje THOMAS MERTON, quien partiendo del tema "Cristianismo y Raza" analiza nítidamente la condición mental de los profetas de la barbarie. El poeta Miguel Grinberg, que pudo conocer la vida de Merton en Gethsemani, nos introduce en el trabajo sobre ese candente tema que en estos días sigue produciendo más víctimas en los disturbios raciales de Estados Unidos (página 12 a 20).

- ★ SANTIAGO PAMPILLON, estudiante, 24 años, herido por tres balas mientras manifestaba una auténtica rebeldía. Su muerte marca el comienzo de una violencia descarada y absurda de la cual, desde ya, el gobierno militar "lamenta las futuras víctimas" (pág. 20).

- ★ Desde las guerrillas, en las montañas colombianas, CAMILO TORRES, sacerdote y mártir, lanza su última proclama. Sociólogo convencido de la indiferencia actual de la ciencia, la técnica y la política para combatir la miseria, la ignorancia y el hambre, compromete su vida en el camino de la Revolución y se constituye en su tierra —donde 17 años de guerra civil ya costaron medio millón de muertos— y para toda América Latina, en un doloroso testimonio del amor y la violencia (pág. 21).

CRISTIANISMO

Y REVOLUCION prepara para su número 2:

- ★ La Iglesia en la Argentina como **Factor de Poder**. El análisis del "giro a la realidad" producido desde 1943 a 1966 en la Jerarquía y el pueblo cristiano. Peronismo, seudo-persecución, gorilismo, "aggiornamento", Concilio, Criterio y Cruzada... Onganía y los pre-conciliares.
- ★ Mensaje de los clérigos de color en U.S.A. sobre el PODER NEGRO.
- ★ Data histórica de crímenes de guerra cometidos en VIET NAM.
- ★ Análisis y documentos exclusivos del encuentro mundial del Consejo Ecuménico de las Iglesias en Ginebra.